

ADDENDA A LA TIPOLOGÍA DE LA CERÁMICA PÚNICO-GADITANA DE BARNIZ ROJO O “TIPO KUASS”: ACERCA DE LAS FORMAS CERRADAS

ADDENDA TO THE TYPOLOGY OF THE PUNIC RED-GLAZED OR “KOUASS TYPE” POTTERY FROM CÁDIZ. CLOSED SHAPES

por

ANA M^a NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS¹

RESUMEN

La reciente sistematización de la llamada “cerámica de tipo Kuass” a partir del amplio conjunto material procedente de los niveles del s. III a.C. del yacimiento fenicio-púnico del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz), ha posibilitado la ordenación de la producción local gaditana de cerámica barnizada bajo un sistema de referencia normalizado, en el cual los recipientes cerrados (jarras, ungüentarios, etc.) se han englobado bajo la Forma XV. Con posterioridad, la documentación de otros conjuntos materiales de cronología más avanzada ha permitido prolongar la fabricación local de cerámicas barnizadas, al menos, hasta el último tercio del s. II a.C.; al mismo tiempo que ha hecho posible la documentación de nuevas formas cerradas que, en algunos casos, rectifican determinados tipos que no quedaron definidos con exactitud en la tipología –Forma XIII–, mientras que, en otros, suponen la identificación de formas hasta ahora inéditas.

ABSTRACT

The recent systematisation of the so-called “*Kouass type*” pottery due to the large collection coming from the 3rd century levels of the phoenician-punic settlement of El Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cadiz), has made possible the classification of the production of glazed pottery at Cadiz under a normalised system of references, in which the closed shapes (jugs, *oinochoai*, etc.) have been included under the Form XV. Later, the documentation of further collections with an earlier chronology has allowed extending the local production at least to the last third of the 2nd century. At the same time, the localisation of further closed shapes has consented to rectify some provisional forms of the initial typology –Form XIII–, as well as the identification of unknown forms.

Palabras claves

Tipología cerámica. Barniz rojo púnico-gaditano “tipo Kuass”. Formas cerradas. SS. III-II a.C. Usos rituales

1. Becaria Postdoctoral de la Fundación Caja Madrid. Departamento de Historia, Geografía y Filosofía. Universidad de Cádiz. Avda. Gómez Ulla s/n, 11003, Cádiz. E-mail: anamaria.niveau@uca.es Este trabajo se realizó gracias a la concesión de una Beca Postdoctoral del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte en el Dipartimento di Scienze del Mondo Antico de la Università degli Studi della Tuscia, Viterbo (Italia) y se enmarca en el ámbito de actuación del Grupo de Investigación HUM-509.

Key words Pottery typology. Punic-gaditanian red-glazed “Kouass type” pottery. Closed shapes. 3rd-2nd centuries BC. Ritual uses

I. INTRODUCCIÓN

Al abordar el estudio de las cerámicas gaditanas barnizadas –las hasta ahora conocidas por “cerámicas de Kuass” o cerámicas de “tipo Kuass”– en la que fue nuestra Tesis Doctoral, nos planteamos la elaboración de un nuevo sistema de ordenación y nomenclatura, creando una tipología exclusiva para esta producción con el objetivo de facilitar tanto la sistematización inicial del material en el que se basaba el trabajo, como la de los conjuntos que fuesen surgiendo con posterioridad (Niveau de Villedary 2001a: 82).

En principio, la “necesidad” de esta nueva ordenación venía dada por la inadecuación de las tipologías al uso que, en la práctica, no resultaban las más apropiadas para ordenar la producción de barniz gaditano. Ponsich utilizó para la publicación de los materiales del yacimiento de Kuass (Arcila, Marruecos) la clasificación elaborada por Lamboglia la década anterior (1952). Ciertos vasos, como los platos de pescado, se adecuaban a las formas de la *Classificazione preliminare*; de otros, sin embargo, el investigador francés no encontró réplicas fieles y fueron “encajados” en las formas que, a su parecer, guardaban mayor semejanza, como es el caso de los vasos que incluye dentro de la forma L-21 (Ponsich 1969). Por su parte, y aunque sin duda supone un avance desde el punto de vista tanto teórico como práctico, la universalidad con la que se concibe la síntesis de Morel (1981) dificulta su aplicación a conjuntos concretos, en especial a las producciones locales cuyos elementos quedan diluidos en la amplitud de la obra; en cualquier caso, Morel no añade nuevas formas, pues solamente considera los ejemplares completos procedentes de Kuass que ya publicara Ponsich.

Si a estas consideraciones sumamos la amplitud de la muestra local considerada², en la que prácticamente están representadas todas las formas y variantes que el taller púnico-gaditano fabricó, no parecía descabellado, sino por el contrario más útil y práctico, acometer esta nueva ordenación.

De esta manera la producción gaditana ha quedado organizada en diecisiete formas con sus correspondientes tipos y variantes³. Morfológica y funcionalmente la clasificación propuesta es la indicada en la tabla 1.

A grandes rasgos, el repertorio de barniz rojo púnico-gaditano (BRPG) cubriría unas funciones muy específicas (Fig. 1), fundamentalmente las relacionadas con el consumo individual de alimentos, ya que la vajilla representa fielmente lo que sería un servicio de mesa tipo con platos, vasos para beber y cuencos multifuncionales –boles–, además de otros recipientes auxiliares como son los vasos para servir, los pequeños contenedores para condimentos, etc.

Aunque en número sensiblemente inferior el taller gaditano fabricó también vasos destinados a otras funciones. El caso de los dos tipos de lámparas representadas es paradigmático, pues morfoló-

2. La nueva tipología fue realizada tomando como base los materiales del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz), donde más de una década de trabajos arqueológicos (una síntesis de éstos en Ruiz Mata y Pérez 1995) han proporcionado un conjunto de casi cinco mil individuos de esta clase cerámica (Niveau de Villedary 2001a: 274), dentro de un arco cronológico que abarca desde finales del s. IV a.C. hasta, prácticamente, finales de la centuria siguiente (Niveau de Villedary 2002-03).

3. Dichas “Formas” vendrían a constituir lo que Morel denomina “Tipo”, entendido como un conjunto de vasos que comparten unas características formales comunes que parten de un modelo ideal (Morel 1981: 22). La descripción de la “forma” general se ha hecho en función a los atributos más característicos que comparten todas las piezas y que sirven para definirla. En un segundo nivel los distintos “tipos” de la forma se definen en función de rasgos diferenciadores y, por último, se determinan “variantes” a partir de ciertas características concretas que varían en cada caso.

gica y funcionalmente no cabe duda de cuál fue su uso. Junto a ellas encontramos otras formas susceptibles, al menos en principio, de haber sido utilizadas además de en contextos domésticos en otro tipo de ambientes, sobre todo suntuarios y rituales, incluyendo los funerarios⁴. Nos referimos, en concreto, al conjunto de formas cerradas que en la clasificación inicial se incluyeron bajo la Forma XV.

TABLA 1: Tabla de correspondencia entre formas, funcionalidad y posibles usos de la producción de barniz púnico-gaditano de época clásica (s. III a.C.)

FORMA GENERAL		FORMA FUNCIONAL	USOS PROBABLES
FORMA I –plato moldurado–		plato	servicio de mesa/servicio ritual
FORMA II –plato de pescado–		plato	servicio de mesa
FORMA III –platito bajo–		plato	servicio de mesa/servicio ritual
FORMA IV –plato borde continuo–		plato	servicio de mesa
FORMA IV –plato borde cóncavo–		plato	servicio de mesa
FORMA VI –plato, otras formas–		plato	servicio de mesa
FORMA VII –bolsa–		vaso para beber	servicio de mesa
FORMA VIII –copa–		vaso para beber	servicio de mesa
F. IX	TIPO IX-A –cuenco simple–	vaso para usos varios –semilíquidos–	servicio de mesa
	TIPO IX-B –cuenco ancho/bajo–	vaso para usos varios –semilíquidos–	servicio de mesa/servicio ritual
	TIPO IX-C –pequeño cuenco–	vaso usos varios –cantidades reducidas–	servicio de mesa/servicio ritual
FORMA X –bol–		vaso para usos varios –semilíquidos–	servicio de mesa
FORMA XI –salerito–		vaso usos varios –cantidades reducidas–	servicio de mesa/servicio ritual
FORMA XII –vaso acampanado–		¿vaso para beber/servir?	servicio de mesa/serv. suntuario-ritual
FORMA XIII –“lécane”/jarra–		¿vaso tipo suntuario/servir?	servicio de mesa/serv. suntuario-ritual
FORMA XIV –“soporte”/¿tapadera?–		¿vaso auxiliar?	¿servicio de mesa/servicio suntuario?
FORMA XV –formas cerradas–		recipiente ritual/jarra para servir	servicio de mesa/serv. suntuario-ritual
FORMA XVI –lucerna abierta–		lámpara	servicio de iluminación
FORMA XVII –lucerna helenística–		lámpara	servicio de iluminación

Ahora bien, la información proporcionada en los últimos años por la excavación de varios conjuntos alfareros en la bahía de Cádiz ha mostrado que el final de la producción que, en principio,

4. Los recientes estudios llevados a cabo sobre los materiales cerámicos de la necrópolis púnica de Cádiz –posiblemente en relación con actividades rituales– (Niveau de Villedary 2003), nos llevan a pensar que algunas formas que hasta ahora habíamos considerado parte del servicio de mesa, sobre todo la patera de la Forma I, el pequeño platito de la Forma III o el cuenco del Tipo IX-B, formasen parte, más bien, de un servicio de “tipo ritual”, que se completaría con las distintas variantes de formas cerradas, en especial las enócoes de mayor tamaño del Tipo XV-D, en función, sobre todo, de la realización frecuente de prácticas libatorias, tal y como prescribe la liturgia (Niveau de Villedary 2004a).

se había situado en un momento indeterminado en torno a mediados del s. II a.C. (Niveau de Villedary 2001a: 366) se prolonga prácticamente a lo largo de toda la segunda centuria (*cf.* González Toraya *et al.* 2000; Arteaga *et al.* 2001). En estos momentos finales se observa una evolución en el repertorio representado que supone, por una parte, la última etapa en la evolución de las formas helenísticas clásicas que habían caracterizado a la producción desde sus inicios; pero, por otra, la reproducción de nuevas formas ajenas a la tradición anterior que surgen a partir de la imitación de los prototipos campanienses que ahora llegan masivamente.

La producción típica del s. II a.C. –que hemos considerado la fase final del taller de BRPG–, aún en fase de estudio, está ya, sin embargo, aportando novedosos datos (Niveau de Villedary 2004b). En este trabajo presentamos un avance de algunas de las formas gaditanas que se fabrican en esta última etapa; nos referimos, en concreto, a las formas cerradas de producción tardía, morfológicamente bastante dispares de las típicas del s. III, aunque pensamos que funcionalmente deben corresponder, como las primeras, a un servicio de tipo suntuario, con unos usos concretos dentro del mundo ritual y funerario y, por qué no, también en la vida cotidiana.

II. LAS FORMAS CERRADAS “CLÁSICAS” DEL S. III A.C. –LA FORMA XV–

Bajo la Forma XV se ha reunido un conjunto de recipientes cuyos perfiles difieren bastante entre sí, pero que tienen en común una serie de características morfológicas y, sobre todo, funcionales que nos invitan a considerarlas en conjunto (Niveau de Villedary 2001a: 187). Se trata de formas cerradas⁵ y profundas, de pequeño tamaño en general, con cuerpo globular, cuello troncocónico y alargado, que se ensancha en su extremo para formar una boca relativamente amplia; éstas son muy diversas desde un punto de vista tipológico, pero responden a una misma concepción práctica, su utilización para el vertido de líquidos. Para esta misma función suelen ir provistas de asas. Los fondos se identifican rápidamente por la dirección que siguen las paredes, los diámetros de las bases, no demasiado amplios –situados en torno a los 4-5 cm.–, y la presencia de pies que, aunque anulares, son bastante bajos (Niveau de Villedary 2001a: 185 y 187, fig. 63, 1-8). Estas formas no se barnizan ni decoran nunca al interior, siendo sustituidas las estampillas por otro tipo de decoraciones externas, generalmente pseudo-gallones incisos.

II.1. Tipos y variantes de la Forma XV

Los tipos se han distinguido teniendo en cuenta, sobre todo, las diferentes morfologías de las bocas, ya que se trata del elemento que presenta mayor variabilidad de un ejemplar a otro.

II.1.1. Tipo XV-A. Lébitos

El arquetipo que define el primer tipo procede del poblado de Las Cumbres, asentamiento que se ocupa en el s. III a.C. a partir del núcleo vecino del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz) (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000). El ejemplar se encuentra prácticamente completo, pues le falta únicamente parte de la boca y del asa (Niveau de Villedary 2001a: fig. 47, 1

5. Por formas cerradas entendemos “aquellas que presentan, por encima del diámetro máximo del cuerpo, un diámetro inferior a este último, sin que necesariamente coincida con el diámetro de abertura” (Principal 1998: 10).

y lám. XXII). Se trata de una pequeña botellita con una altura algo superior a los 11 cm. El cuerpo, de aspecto piriforme, alcanza un diámetro máximo de 7 cm., frente los 4 cm. de la base, formada por un pie anular y bajo, y los 5 cm. del hombro a la altura del collarín que separa el cuerpo del cuello, largo y estrecho (1'9 cm. de diámetro mínimo). En su extremo superior las paredes del cuello se abren dando lugar a una especie de cazoleta que constituye la boca del recipiente, con un diámetro cercano a los 3 cm. Se conserva el arranque inferior del asa, vertical y de sección circular, que se apoya sobre el hombro de la botella. El otro extremo debe nacer del mismo borde de la vasija, puesto que en el fragmento conservado no queda traza alguna que permita identificar el origen del asa que, probablemente, se sobreleva ligeramente sobre la altura máxima de la forma. La factura está muy cuidada, la pasta muy depurada y el cuerpo presenta una decoración pseudo-gallonada; sin embargo, en la mayor parte de la superficie el barniz aparece perdido y donde se conserva adopta tonos ocres y negros. La pasta también aparece oscura y quemada, producto todo ello de una mala cocción o de la acción posterior del fuego.

Se proponen dos variantes dentro del primer tipo, basándonos en la diferencia más acusada.

- Variante XV-A-1. “Con collarín” (Fig. 2, 1). A esta variante correspondería el ejemplar anteriormente descrito. El atributo que lo define sería la existencia de una especie de fino collarín a la altura del hombro que separa el cuello de la panza.
- Variante XV-A-2. “Con acanaladura” (Fig. 2, 2). Prácticamente idéntico al tipo anterior, excepto por la acanaladura, bien marcada, que sustituye sobre el hombro al collarín de éste.

II.1.2. Tipo XV-B. Ungüentario trilobulado. (Figs. 2, 3 y 4, 1)

Se trata de uno de los tipos que aparece con mayor frecuencia. Presentan siempre tamaños similares, en torno a los tres cm. de diámetro de boca y entre 1 y 2'5 cm. de diámetro del cuello. No sabemos como sería el cuerpo de estas pequeñas botellas ya que en todos los casos han aparecido fragmentadas, quizás se correspondiera con tipos parecidos a los anteriores; en cualquier caso no debían diferir mucho dado el uso similar para el que fueron fabricados, la de contener algún tipo de sustancia líquida y selecta, en pequeñas cantidades.

II.1.3. Tipo XV-C. Ungüentario de boca de seta. (Figs. 2, 4 y 4, 2)

En este caso ocurre lo mismo que en el anterior pues sólo tenemos ejemplares fragmentados y la clasificación ha tenido que hacerse contando únicamente con la forma y dimensiones de boca y cuello e ignorando el aspecto y medidas del resto del cuerpo. El tercer tipo de la Forma XV se caracteriza por presentar amplia boca en forma de arandela, originada por la repentina, aunque no brusca, incurvación de las paredes hacia el exterior.

II.1.4. Tipo XV-D. Enócoe. (Fig. 3)

Conocemos un ejemplar, procedente de un pozo ritual funerario de la necrópolis gaditana, de jarro de mayores dimensiones (20 cm. de altura) que los hasta ahora contemplados, que por sus características formales forma un grupo aparte. El cuerpo, que es ovoide, se inflexiona a la altura de la espalda para dar paso a un cuello troncocónico, estrecho y largo, que termina en una boca trilobulada. El pie es bajo, aunque señalado, y el asa de cinta, moldurada y sobrelevada. En su

extremo inferior se decora mediante un aplique que representa un rostro humano, masculino y barbado. El cuerpo se separa de la espalda mediante dos estrechas acanaladuras y presenta decoración de pseudo-gallones incisos.

A formas similares, al menos en cuanto a tamaño, deben pertenecer algunos fondos y fragmentos de bocas de mayores dimensiones recuperados también entre los materiales de los depósitos de la necrópolis de Cádiz.

II.2. Características técnicas y decoración

Entre las formas cerradas de BRPG la ornamentación más frecuente es la decoración pseudo-gallonada que recubre el cuerpo de algunos ejemplares. Se trata de una serie de surcos realizados con un instrumento de punta roma antes de la cocción que, en ocasiones, se continúan hacia abajo a mano alzada, aunque no suelen llegar hasta el extremo inferior del cuerpo (Niveau de Villedary 2001a: 241). Esta decoración se ha relacionado con el carácter selecto de las piezas en cuestión, que por su perfil cerrado no son susceptibles de estampillarse y sí, por el contrario, de presentar este tipo de ornamentación. Las formas áticas de laginos y enócoes presentan a menudo el cuerpo gallonado (Lamboglia 1952: 192; Sparkes y Talcott 1970: 160), elemento ornamental que recogen las producciones campanienses tempranas de perfiles similares (Morel 1981: fig. 160, 5235b 1). La aparición de cerámica ática de barniz negro decorada a base de gallones se ha relacionado con la influencia que ejercieron los vasos metálicos del imperio aqueménida sobre los artesanos griegos (Shefton 1971). Asimismo se considera que esta decoración sobre vasos campanienses se toma directamente de la toreútica etrusca (Pérez Ballester 1986: 28), influenciados, a su vez, por modelos helenísticos (Risueño y Adroher 1992: 429).

También se ha de poner en relación con las formas cerradas de enócoes y ungüentarios la presencia de tres pequeños apliques cerámicos de estilo helenístico que representan rostros humanos. El primero de ellos se localiza bajo el asa de la enócoe completa del Tipo XV-D que se expone en el Museo de Cádiz (Figs. 3 y 5, 1). Se trata de un rostro humano estampado a molde sobre una pella de barro que se aplica en el extremo inferior del asa mediante arcilla diluida (Montagna-Pasquinucci 1972: 438). La falta de cuidado mostrada por el artesano durante la ejecución se pone de manifiesto en las resquebrajaduras que presenta el prótomo⁶ y en la poca definición de los rasgos de éste, que quedan algo desdibujados en el centro de la pella. Representa un hombre barbado, posiblemente anciano, de ceño fruncido y expresión severa. Aunque por la deficiente ejecución técnica es difícil de advertir, sobre la cabeza presenta una especie de gorro o tocado alto, con dos pequeños apéndices en los laterales.

También en Cádiz, entre un lote de materiales púnicos y turdetanos descontextualizados procedentes de una terrera del casco antiguo de la ciudad (Fierro 1990: 35), apareció un ejemplar de enócoe similar al descrito al que le falta la boca y el asa, pero que, sin embargo, conserva el arranque de ésta y el aplique que lo decoraba (Fierro 1990: 39). La mala calidad de la pieza tan sólo permite reconocer a un personaje masculino con barba, sin que se adviertan otros detalles que permitan su identificación.

6. Posiblemente pueda explicarse por el contexto en el que se halló: un pozo ritual de la necrópolis púnica de Cádiz (Niveau de Villedary 2001b: 195 y 197, fig. 4). Pensamos que la vajilla utilizada en los rituales funerarios debió fabricarse *ex profeso* para tales fines (Niveau de Villedary 2003: 25-26) y, por tanto, la ejecución de los vasos distaba, en muchas ocasiones, de ser perfecta.

Finalmente, el último de estos apliques (Fig. 5, 2), procedente de las excavaciones del poblado de Las Cumbres, apareció desprendido del vaso original al que decoró⁷. Se trata de un rostro de dimensiones idénticas a los anteriores –3 cm.–, aunque en este caso representa a un joven de mirada profunda y rostro serio tocado con lo que parece un gorro frigio, del que asoman algunos mechones de cabello. Este tercer aplique es de ejecución más cuidada que los anteriores pues aunque también se fabrica a molde es muy probable que se recortara el barro sobrante antes de su aplicación al vaso. Pese a que no se puede afirmar categóricamente que originalmente perteneciera a algún tipo de enócoe como las halladas en Cádiz existe una gran probabilidad de que así fuera⁸. Aunque existen otros vasos que presentan decoraciones figuradas similares, en concreto las pateras con medallón de la especie M-2170 (Morel 1981: 143-145, láms. 33-34)⁹, de origen caleno¹⁰ y etrusco (Morel 1981: 143), no tenemos la certeza de su reproducción por parte de los talleres gaditanos¹¹; por lo que, aunque sin rechazar *a priori* esta posibilidad, nos inclinamos por considerar que los apliques debieron decorar jarras o enócoes como muestra el ejemplar completo del Museo de Cádiz, a semejanza de toda la serie de jarras de “aire etrusquizante” de las series M-5611 y M-5741 (Morel 1981: láms. 175 y 188) que, por la similitud formal y decorativa, pudieron ser los modelos¹² en los que se basaron los artesanos gaditanos a la hora de fabricar estas jarras. En cuanto a la iconografía de las representaciones hemos de destacar una vez más el paralelismo que presentan con los ejemplos itálicos. También entre las producciones de Volterra aparecen los dos tipos descritos¹³, rostros jóvenes o de sátiros¹⁴ (Morel 1981: 372, lám. 175, 5611b) y prótomos barbados que se interpretan como silenos¹⁵ (Morel 1981: 372, lám. 175, 5611a).

7. No obstante, el hecho de que la pieza esté recubierta del típico engobe rojo que caracteriza a la producción gaditana, permite asegurar que, en origen, debió formar parte de la decoración de alguna forma de BRPG.

8. Aunque entre los materiales del Castillo de Doña Blanca no documentamos ninguna pieza similar completa, tenemos la certeza de la existencia de la forma por la aparición de algunos tipos de asas (Niveau de Villedary 2001a: 191 y 193, fig. 66, 10-11 y 14) y fondos (Niveau de Villedary 2001a: 187 y 190, fig. 63, 5-8 y 65, 7). También la parte posterior de la figura, rehundida, evidencia que debió acoplarse a una superficie curva, como la de las paredes exteriores y asas de estas formas.

9. Se trata de vasos decorativos de uso posiblemente ritual, inspirados en prototipos metálicos (Morel 1981: 524), que se decoran con representaciones figuradas (Morel 1981: 143). En los fondos internos de algunos de estos vasos se encuentran prótomos humanos parecidos a los que hemos presentado (Pagenstecher 1909: lám. 1, 7; lám. 2, a y d; lám. 4, a y b; lám. 12, 93a); en concreto, el publicado por Morel procedente de Cartago (Morel 1986: fig. 34) es prácticamente idéntico al último de los ejemplares descritos (Fig. 5, 2).

10. A pesar de que originalmente se identificara como una producción cartaginesa (Morel 1986: fig. 34), hoy está fuera de toda duda el origen caleno de la llamada cerámica de la clase Byrsa 661 (el último estado de la cuestión en Pedroni 2001).

11. Existen bastantes probabilidades de que los platos de la Forma I reemplazasen, dentro de la producción local gaditana, en cuanto a los usos rituales se refiere y según muestran los contextos y algunas decoraciones de los materiales de la necrópolis de Cádiz, a las formas más canónicas de fialas clásicas (*cf.* Niveau de Villedary 2003: 12, n. 24; Niveau de Villedary y Córdoba 2003).

12. Modelos que, posiblemente, llegaron vía Cartago o a través de otras producciones púnicas (Morel 1986: 39 y 41), como parece desprenderse de la existencia, al menos desde finales del s. V a.C., de posibles importaciones de morfologías similares, como evidencia el reciente hallazgo de un asa con un aplique antropomorfo en una de las escombreras del alfar púnico de “Villa Maruja” (San Fernando, Cádiz) (Bernal *et al.* 2003: 67-68 y 236-237, fig. 18).

13. Aparecen también máscaras femeninas (Morel 1981: lám. 176, 5611g) de las que en Cádiz, por lo reducido del repertorio local, no se conocen ejemplos, pero que bien pudieron también existir.

14. Puede que el rostro más joven, por su mayor calidad y definición que permiten advertir con claridad ciertos atributos, en concreto el gorro frigio, se pueda identificar con *Attis*, dios minorasiático de la fecundidad y la fertilidad, igualmente venerado en Grecia, que se asocia a Cibeles y es representado como un adolescente, con túnica ajustada y gorro frigio (VV.AA. 1986: 22-44), aunque este atributo no es privativo de este personaje sino que es común a otros dioses de origen frigio, por ejemplo, Sabacio.

15. Para la identificación de los personajes con barba tenemos más dificultades, pues por las circunstancias del estampado muchos de los atributos han quedado desdibujados. En el primer caso descrito intuimos que hubo de estar tocado

II.3. Origen y paralelos

Las raíces de esta forma se hunden tanto en la vajilla griega como en la oriental, y pese a que las formas descritas no responden exactamente a ninguno de los tipos conocidos, no obstante, reproducen elementos de muchos de ellos y comparten rasgos de ambas tradiciones, siendo una de las formas que mejor encarna la simbiosis estética de la producción de BRPG (Niveau de Villedary 2005).

El Tipo XV-A es el que reproduce, con mayor fidelidad, el gusto helenístico al uso; podría definirse como una forma intermedia entre los lébitos aribalísticos¹⁶, los laginos y los frascos de perfumes (*cf.* Cerdá 1987), pues en rigor no se corresponde a ninguno, pero comparte elementos de cada uno de los tres tipos (Fig. 6).

El origen del lébito se remonta al periodo arcaico, aunque no es hasta la segunda mitad del siglo V a.C. cuando la forma se generaliza. La variante más parecida a la gaditana es la que Sparkes y Talcott llaman “squat black and plain”, se trata de un vaso de cuerpo esférico, pie ancho, cuello estrecho y corto y boca en forma de embudo, con un asa vertical, de sección circular, que nace en el hombro y termina en el cuello (Sparkes y Talcott 1970: 153, fig. 11, 1123). En ocasiones, presentan una decoración pseudo-gallonada similar a las descritas para la producción local (*cf.* Robinson 1950: 244, n^o 409 y 410). La forma se populariza bajo la apariencia más evolucionada¹⁷ y se exporta frecuentemente a Occidente. La encontramos sobre todo en las zonas más helenizadas como Ampurias e Ibiza, mientras que son muy escasas entre las comunidades ibéricas (Sánchez 1992: 260-261). Para Morel es la peculiar forma de trompeta de la boca la que define al tipo, que incluye en la serie 5411 (Morel 1981: 360). Precisamente, es la boca el elemento que imita de los lébitos el Tipo XV-A, mientras que el perfil del cuerpo recuerda más al frasco de perfumes que Cerdá publica como forma Sec-173 (Cerdá 1987: 56, fig. 5, e), los “perfume-pot” del Ágora de Atenas (Sparkes y Talcott 1970: 162-164, lám. 39, 1201-1203), de cuerpo piriforme, base ancha, abultado collarín en la parte inferior del cuello y boca muy ancha en forma de embudo. Esta forma no es frecuente en Occidente de donde sólo tenemos constancia de la existencia de un ejemplar procedente del Cabecico del Tesoro (García Cano 1982: fig. V, 4). Sí parece que se imitó en el sur de Italia, ya que Morel publica un ejemplar de Ugento fechado a comienzos del siglo IV (Morel 1981: lám. 160, 5235b 1) con cuerpo de perfil muy similar al procedente de Las Cumbres, también gallonado, aunque con incisión sobre el hombro en lugar de collarín. Por último, la variante “guttus type” de los ascos (Sparkes y Talcott 1970: 157-158, fig. 11, 1167-1194), también conocida por forma Cuadrado-70 (Cuadrado 1961-62: 268-269) y laginos (Cerdá 1987: 54-55), es otra de las formas que adoptan los vasos de perfume en este momento. Entre los materiales del Ágora se conoce como ascos a todos los ungüentarios con

con una especie de gorro alto, pero tampoco podemos estar seguros de ello. Forzando mucho las interpretaciones podríamos asimilarlo a alguna representación del dios Bes, ya que la expresión, el rostro barbado, el posible tocado de plumas (?), y los apéndices laterales son todos ellos atributos del dios, pero el estilo helenístico de esta figura, bastante lejano de la iconografía típica del dios que conserva siempre rasgos egipcizantes bastante marcados, no parecen apoyar esta hipótesis. Sin embargo, si a la relación que recientes estudios han advertido entre Bes y Heracles (Gómez Lucas 2004), personaje íntimamente relacionado con Cádiz desde sus orígenes, sumamos el triunfo de la estética helenística en estos momentos, quizás nuestra hipótesis no sea tan descabellada.

16. Aunque la tendencia generalizada es la de denominar con este término híbrido a la forma, algunos autores consideran que es necesario distinguir entre ambas denominaciones. Lébito sería, entonces, el pequeño jarro de un asa, cuello recto y borde exvasado, y aríbalo el pequeño botellín, de cuerpo redondo y cuello y borde rectos, con un uso casi exclusivo de contenedor de aceites, perfumes y ungüentos (Bats 1988: 55; Principal 1998: 12).

17. La evolución de la forma sigue el siguiente esquema: mientras que en los primeros el perfil forma una curva continua desde el cuello hasta la base, en el siglo V el hombro se señala, marcando el cuello; y, finalmente, en los ejemplares de la primera mitad del siglo IV, que se caracterizan por su cuerpo panzudo, ya no se señala el hombro (Richter y Milne 1935: 15), aunque sí mantienen el anillo que separa el cuerpo del cuello sin alteraciones (Sparkes y Talcott 1970: 153).

asa sobrearqueada o de anillo y boca que permite verter el contenido con excepcional cuidado. Conforme la forma evoluciona tienen lugar una serie de cambios revolucionarios que alteran el perfil básico, el más importante es la colocación de la boca en el centro del cuerpo, sobre un cuello vertical. Los primeros ejemplares, de principios del siglo IV a.C., presentan un cuerpo bulboso, en ocasiones agallonado, y pie ancho que, con el tiempo, se torna más pequeño; el cuerpo se estrecha y alarga, al igual que el cuello, mientras que la boca se abocina.

La forma de “seta” de la boca de los laginos permite también relacionarlos con el Tipo XV-C, que se definió por esa característica concreta. No obstante, parece más lógico conectar tipológicamente los tipos XV-B (boca trilobulada) y XV-C (boca de “seta”) con las propias enócoes fenicias, precedentes locales de las formas que estamos tratando. En el yacimiento del Castillo de Doña Blanca son muy frecuentes desde los inicios del siglo VIII a.C. (Ruiz Mata y Pérez 1995: 56) y lo mismo sucede en la mayoría de los yacimientos fenicios peninsulares (Martín Ruiz 1995: 101, fig. 78-87). Los jarros de boca de “seta” parecen llegar hasta el siglo VI a.C., mientras que los trilobulados siguen fabricándose, aunque desprovistos de decoración, en el siglo V. Conviene también recordar que las formas barnizadas gaditanas conviven con ungüentarios fusiformes y globulares de tipología púnica durante la totalidad de su existencia, desde finales del siglo IV hasta el siglo II a.C.

Por último, la jarra que se ha considerado Tipo XV-D se ha definido, en principio y por la forma trilobulada de la boca, como enócoe –Forma L-44 A (Lamboglia 1952: 192)– aunque bien pudiera responder también al concepto de olpe¹⁸ (Sparkes y Talcott 1970: 76). La enócoe o jarra es la forma cerrada más habitual en la Antigüedad clásica, con multitud de usos cotidianos y variantes formales (Sparkes y Talcott 1970: 58); no obstante, en Occidente, los jarros son piezas exóticas dentro de los repertorios de barniz negro, su comercio no está generalizado y su distribución puede considerarse esporádica y no programada (Principal 1998: 51). Lo mismo sucede respecto a su reproducción por parte de los talleres occidentales, donde las formas cerradas no son demasiado frecuentes, si bien la mayoría de los hallazgos proceden de contextos púnicos –Cartago, Gouraya, Lilibeo e Ibiza (Morel 1980: 43-46)–. Los precedentes se encuentran, una vez más, entre las formas áticas del Ágora de Atenas, aunque la jarra gaditana responde más exactamente a prototipos del área etrusca. Entre las jarras pertenecientes al género 5600 (jarras de boca trilobulada), Morel diferencia como especie 5610 las que presentan cuerpo ovoide, espalda marcada y asa muy sobreelevada (Morel 1981: 371). Nuestro ejemplar es muy similar a los que Morel presenta en la serie 5611, de cuello estrecho, casi tubular, espalda muy marcada y pie bajo (Morel 1981: 372), salvo por lo sinuoso del asa, que quizás lo asemeje más a la serie 5612 (Morel 1981: 373). En ambos casos se trata de las producciones locales etruscas del área de Volterra fechadas entre fines del s. IV y la primera mitad del III a.C. que Montagna Pasquinucci definió como “formas 144 y 146” (Montagna Pasquinucci 1972: 438-450). En estos vasos también el extremo inferior del asa se remata con un pequeño prótomo humano y, en ocasiones, el cuerpo aparece gallonado (Morel 1981: lám. 176, 5611d 1, 5611e 1, 5611f 1, 5611g 1, lám. 177, 5611h 1, 5611i 1). Estas formas, como muchas otras de origen etrusco, debieron fabricarse a partir de prototipos metálicos (Morel 1981: 513); detalles como las asas nervadas, los perfiles angulosos, la decoración gallonada y los apliques, contribuyen a sugerir esta apariencia toreútica.

18. A pesar de que algunos autores no hacen tal distinción (*cf.* Morel 1981, que incluye todas las formas cerradas con asa vertical en la categoría 5000), Bats recomienda reservar el término “enócoe” para las formas de jarras trilobuladas, dejando el más amplio de “olpe” para el resto de las formas cerradas de jarras (Bats 1988: 55, n. 33).

III. LAS FORMAS CERRADAS “TARDÍAS” PROPIAS DEL S. II A.C.

Hacia finales del s. III a.C. se produce un cambio evidente en la producción del taller de BRPG. Mientras que hasta ahora hemos hablado de la producción “clásica” del s. III a.C. –es decir, del repertorio más característico de la producción gaditana de barniz rojo–, en estos momentos tiene lugar una transformación que atañe tanto al elenco de las formas fabricadas como a las características técnicas de los productos finales. Aunque en algunos casos las formas generales se mantienen y tan sólo se observa una evolución en los perfiles, una decadencia técnica y un empobrecimiento de las decoraciones, características propias de la etapa final del taller; en otros tipos, como es el caso de las formas cerradas, se advierte con mayor claridad la sustitución de las formas anteriores por otras nuevas. Se trata, quizás, de un fenómeno progresivo, ya noto en las últimas décadas de la centuria anterior¹⁹, pero que se manifiesta y acelera en la primera mitad del s. II a.C., cuando las importaciones de barniz negro itálico se generalizan.

Son los materiales procedentes de los alfares los que nos permiten definir y caracterizar las formas de la última etapa del taller gaditano. En efecto, la intensificación tanto de los trabajos de campo como de la actividad investigadora en los últimos años en el término de San Fernando (Cádiz)²⁰ ha provocado que, en la actualidad, conozcamos un buen número de centros alfareros, en ocasiones de extensión considerable, con un gran volumen de producción –que debía abastecer a buena parte de la bahía de Cádiz– y con un dilatado periodo de existencia. Al menos, así se muestra el conjunto industrial de Pery Junquera, donde en cerca de 1.300 metros cuadrados excavados se han documentado doce hornos y un buen número de escombreras que permiten seguir la secuencia evolutiva de la producción de BRPG desde finales del s. III hasta un momento cercano al 130-120 a.C. (Niveau de Villedary 2004b).

III.1. Tipos y variantes de las formas cerradas del s. II a.C.

Entre los materiales de BRPG recuperados en los hornos y vertederos de Pery Junquera se ha documentado un número significativo de vasos que, en principio, podemos incluir bajo la denominación general de “formas cerradas”²¹. No obstante y como venimos adelantando, en la mayoría de los casos se trata de formas que nada o muy poco tienen que ver con las anteriores –las que en la tipología se incluyeron en la Forma XV–. Posiblemente la explicación esté en que los tipos anteriores derivan directamente de prototipos helenísticos de relativa antigüedad. La producción “clásica” del taller gaditano reproduce formas que, en el contexto del s. III en la que se desarrolla, supone un repertorio “arcaizante”, con formas que aunque sufren una evolución a lo largo de la centuria son las típicas de la cerámica ática de barniz negro del s. IV. Hacia finales del s. III la llegada de nuevos productos, itálicos en este caso, conlleva también la introducción de morfologías novedosas; formas

19. De hecho, como se verá a continuación, algunas de las formas cerradas más características de este momento –la denominada Forma XIII– ya aparecían, aunque puntualmente, entre los materiales del Castillo de Doña Blanca (Fig. 7).

20. Buena prueba de ello ofrece la celebración, en los últimos años, de dos reuniones científicas en torno a esta temática. A la primera de ellas, que tuvo lugar a finales del año 2000 en la propia ciudad de San Fernando, en el marco de los XVI Encuentros de Historia y Arqueología, bajo el lema “*Las industrias alfareras y conserveras fenicio-púnicas de la bahía de Cádiz*” (VV.AA. 2004); se ha sumado, recientemente, la celebración de un Congreso Internacional –“*Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética Romana (ss. II a.C.-VII d.C.)*”– organizado por la Universidad de Cádiz (Bernal y Lagóstena 2004), en el que se ha puesto de relieve el impulso que ha recibido en los últimos años la investigación sobre la producción alfarera gaditana, que se traduce en el elevado número de trabajos presentados.

21. *Vid.* nota 5.

que, aunque en sus lugares de orígenes no supusieran una innovación –conviene recordar que el repertorio clásico de la campaniense A es considerado arcaizante respecto a las novedades formales que introduce la campaniense B–, en la bahía de Cádiz, que durante un siglo había dejado de recibir importaciones de barniz negro²², sí supusieron una cierta “revolución” formal. De hecho, la mayor parte de las nuevas formas que a partir de ahora se fabrican en los alfares gaditanos son consideradas en sus lugares de origen formas antiguas, propias de finales del s. IV y, sobre todo, de la primera mitad del III, en cualquier caso nunca posteriores a la Primera Guerra Púnica (Morel 1981: 331).

Las nuevas formas modifican y completan la Tipología²³ (*vid.* Tabla 1), que ahora queda de la siguiente manera:

TABLA 2: Suplemento a la Tabla 1. Correspondencia entre formas, funcionalidad y posibles usos de las formas cerradas de barniz púnico-gaditano de época tardía (s. II a.C.)

FORMA GENERAL	FORMA FUNCIONAL	USOS PROBABLES
FORMA XIII –jarra de boca amplia–	jarra para servir/¿vaso tipo suntuario?	servicio de mesa/serv. suntuario-ritual
FORMA XVIII –urna–	¿vaso auxiliar?/contenedor	servicio de despensa
FORMA XIX – <i>guttus</i> –	recipiente ritual	servicio ritual

III.1.1. Pequeñas jarras de boca abierta –La Forma XIII– (Fig. 8)

Los hallazgos de Pery Junquera han permitido verificar la existencia de una forma que aunque ya aparecía entre el material del Castillo de Doña Blanca tan sólo estaba representada por un ejemplar incompleto²⁴. Originariamente, se clasificó como Forma XIII (Niveau de Villedary 2001a: 144, fig. 46, 5) y se interpretó –bajo la quizás poco acertada denominación de “lécane”²⁵– como recipiente de uso suntuario, con funciones similares a la de las píxides (Sparkes y Talcott 1970: 173-174), es decir, para contener cosméticos, sustancias aromáticas, perfumes o cualquier otro producto de lujo susceptible de ser guardado en pequeñas cantidades (Fig. 7).

22. Contrariamente a lo que sucede en otros centros púnicos como Cartago, Cartagena, *Baria*, etc., a la bahía de Cádiz –en general, a toda el área del “Círculo del Estrecho”– no llegan importaciones de barniz negro de los talleres locales del s. III a.C., al menos en cantidades apreciables, fenómeno que se ha puesto en relación con la activación temprana y planificada de una producción propia que alcanza una entidad suficiente como para copar el mercado, no dejando sitio a los productos foráneos –es decir a la “competencia”–.

23. La Tipología debe completarse aún con el resto de formas que se fabrican en esta última fase, puesto que, junto a las formas cerradas, existen toda otra serie de platos, vasos y boles, que no se ajustan a las formas clásicas del s. III a.C.

24. Se trata de un único ejemplar aislado y fragmentado de recipiente de relativa profundidad. El cuello, que es recto y de tendencia entrante, se quiebra bruscamente hacia el exterior para formar el borde. Éste presenta una concavidad al interior que, presumiblemente, sirva de apoyo para una tapadera. En principio, la forma pudiera responder tanto a modelos helenísticos (Sparkes y Talcott 1970: 227 s., fig. 18, 1962-1970) como púnicos (Guerrero 1995) de ollas y recipientes de cocina, que presentan este peculiar borde; pero por su pequeño tamaño (6 cm. de diámetro de la boca) y lo cuidado de su ejecución (paredes muy finas, barniz espeso y de buena calidad, que conserva las brillantes tonalidades rojas originales) descartamos por completo la utilización de este ejemplar para actividades relacionadas con la cocina y, por el contrario, apostamos por un uso de tipo suntuario.

25. Aunque la forma no respondía exactamente al perfil clásico de las lécanes, era –morfológica y funcionalmente– al que más se acercaba (Sparkes y Talcott 1970: 164, fig. 11, 1258); la lécane es en el mundo griego un vaso fundamentalmente femenino y su presencia es propia de las áreas fuertemente helenizadas (Sánchez 1992: 267).

Sin embargo, la recuperación en una de las escombreras de Pery Junquera de dos ejemplares completos de jarritas de pequeño tamaño cuyas bocas responden a las características definidas por el prototipo de la Forma XIII ha permitido reconsiderar la identificación inicial y, hoy por hoy, parece evidente que la hasta ahora considerada Forma XIII responde, en realidad, a este tipo de recipiente cerrado, de boca ancha y con asa.

En principio, los seis ejemplares procedentes de Pery Junquera –dos completos y cuatro bocas–, más el ya documentado del Castillo de Doña Blanca permiten distinguir dos tipos, en función del perfil general de la boca y la tendencia del cuerpo.

III.1.1.1. XIII-A (Fig. 8, 1-4)

El primero de los tipos se define por el perfil piriforme del cuerpo, la presencia de un asa de sección moldurada que parte de la boca y alcanza la altura media de la vasija, y la boca ancha que se abre a partir del cuello formado por el estrangulamiento evidente –aunque no brusco– del cuerpo. Aunque todavía se distingue del resto de la vasija, el pie es bajo y anticipa la tendencia progresiva a la desaparición del pie exento que hasta ahora caracterizaba a la producción de BRPG²⁶. Los dos ejemplares completos incluidos en este tipo ofrecen una altura similar, entre los 12 y los 11,5 cm., mientras que las bocas oscilan entre los 6 y los 8 cm. y las bases entre 4 y 5 cm.

Las variantes se han considerado a partir de las diferencias de las bocas, parte que tenemos representada en todos los casos y que muestra una cierta variabilidad.

- XIII-A-1 (Fig. 8, 1-2). En esta variante la boca se abre a partir del quiebro brusco del cuello que, a continuación, retoma la tendencia vertical y termina de forma apuntada, creándose un escalón –quizás para apoyar una tapadera– y adoptando la boca, en términos generales, el aspecto de una cazoleta.
- XIII-A-2 (Fig. 8, 3). A grandes rasgos es bastante similar a la variante anterior. La diferencia mayor estriba en la anchura de la boca que, en este caso, se abre de forma manifiesta, creándose una auténtica cazoleta.
- XIII-A-3 (Figs. 7 y 8, 4). El borde se origina, igualmente, mediante la inflexión repentina en la dirección del galbo, que se abre bruscamente formando un escalón, aunque en esta ocasión no queda tan clara la existencia de la cazoleta de los casos anteriores, más bien parece que esta peculiar forma sea intencional, con el fin de crear un punto de apoyo para posibles cubiertas.

III.1.1.2. XIII-B (Fig. 8, 5-6)

Para definir el segundo Tipo no contamos con formas completas, aunque la peculiar forma de la boca de estos dos ejemplares –cuyo extremo final tiende, al contrario que en el tipo anterior, a la horizontal– y la tendencia vertical del cuerpo, la diferencian claramente del Tipo XIII-A. En este caso sí se pueda quizás hablar de formas similares a las píxides o lécanes, tanto más cuando ninguno de los dos fragmentos considerados conserva trazas de la existencia de asas. Las dimensiones, al abrirse más la boca, son también algo mayores, entre 7 y 9 cm. de diámetro. Se diferencian también dos variantes:

- XIII-B-1 (Fig. 8, 5). De aspecto grácil y perfil suave.
- XIII-B-2 (Fig. 8, 6). De paredes espesas y líneas sinuosas.

26. De cualquier forma hay que recordar que los pies bajos apenas señalados ya eran los más comunes entre los olpes de barniz negro ático de los siglos V-IV a.C. (Sparkes y Talcott 1970: 78-79, fig. 3, 264).

III.1.2. Grandes jarras, urnas y vasos acraterados –Forma XVIII– (Fig. 9)

Entre la cerámica del alfar y aunque no de forma tan clara como en el caso anterior –puesto que algunas de las formas aparecían completas–, se ha podido también individualizar otra serie de bordes, casi siempre en estado muy fragmentario, pertenecientes a formas cerradas, de relativa profundidad como indica la prolongación de la paredes y, en general, de tamaño sensiblemente mayor a las hasta ahora vistas.

Estas características no corresponden a ninguna de las formas contempladas por lo que se ha optado –con la debida cautela, al menos hasta que no se documenten formas completas– por incluirlas dentro de un nuevo grupo, que se constituye en la Forma XVIII. Dentro de ésta se han diferenciado tres grandes tipos de acuerdo a los datos que aportan el diámetro de las bocas, la morfología de los bordes y la tendencia del cuerpo de las vasijas.

III.1.2.1. XVIII-A (Fig. 9, 1-4)

En primer lugar se han considerado los vasos que presentan un tamaño medio, entre los casi 12 cm. de diámetro del mayor y los 9 cm. de los más pequeños. En todos los casos se trata de vasos de relativa profundidad, en los que la boca se abre al exvasarse suavemente las paredes, sin llegar a formar un cuello que, en la práctica, queda reducido a un leve estrechamiento que separa la boca del resto del cuerpo de la vasija.

Estos ejemplares pueden corresponder a formas tanto de urnas como de jarras, sobre todo los individuos de bocas más estrechas (Fig. 9, 2-4), aunque en ningún caso se conservan restos de asas.

Las diferencias morfológicas de los bordes determinan las tres variantes:

- XVIII-A-1 (Fig. 9, 1-2). El borde no se diferencia del resto del galbo –tan sólo en la dirección–, puesto que la boca se forma mediante la inflexión de las paredes hacia el exterior, que tienden a la horizontal.
- XVIII-A-2 (Fig. 9, 3). El borde aparece ligeramente engrosado al exterior y coronado en su parte alta por una pequeña cresta.
- XVIII-A-3 (Fig. 9, 4). La boca se forma al abrirse las paredes, aunque éstas no se prolongan hacia la horizontal. El borde, ligeramente engrosado, aparece biselado al exterior.

III.1.2.2. XVIII-B (Fig. 9, 5-7)

Los fragmentos incluidos en el segundo de los Tipos pertenecen a recipientes de mayor tamaño –en el único caso que se ha podido medir, el diámetro de la boca supera los 18 cm.–, que deben corresponder a formas de urnas “acrateradas” por la tendencia acampanada de las bocas. Se diferencian, asimismo, tres variantes en función del perfil de los bordes.

- XVIII-B-1 (Fig. 9, 5). El borde más sencillo se forma simplemente por el engrosamiento del extremo final de la pared al exterior que, al caer levemente, forma una pequeña pestaña.
- XVIII-B-2 (Fig. 9, 6). En la segunda variante el borde también se engrosa al exterior, aunque en este caso se adopta un perfil más suave, que no llega a formar la pestaña de la anterior; por el contrario, en el extremo superior sí se advierte un ligero “pellizco” que provoca una leve depresión en la zona interna de la boca.
- XVIII-B-3 (Fig. 9, 7). En este caso, tanto la cresta que corona la parte superior del borde, como la depresión interna, están mucho más marcadas, originando un perfil muy similar a los de algunas formas itálicas –series 5111, 5113 y 5115 de Morel (Morel 1981: láms. 150-153)–.

III.1.2.3. XVIII–C (Fig. 9, 8)

Se ha considerado como tercer y último tipo un recipiente profundo, de paredes rectas y boca ancha –cuyo diámetro, 10 cm. de abertura y 14 cm. al exterior, coincide con el del cuerpo–. El borde, totalmente horizontal, se forma al flexionarse bruscamente las paredes, formando un ángulo de noventa grados. Se trata de una forma desconocida en las tipologías de barniz negro que, quizás, imite ciertos tipos ibéricos –cálatos–.

III.1.3. *Guttus* –Forma XIX– (Fig. 10)

Todavía existen otra serie de recipientes que o bien aparecen puntualmente o lo hacen en estado muy fragmentario, que se pueden clasificar como formas cerradas.

En primer lugar, traemos a colación una vasija procedente de las escombreras del complejo alfarero de Torre Alta, vecino al de Pery Junquera, que en la actualidad se encuentra expuesta en el Museo Histórico Municipal de San Fernando²⁷ (Niveau de Villedary 2004c: 186-187). Se trata de un recipiente cerrado, de pequeño tamaño²⁸, de cuerpo globular, pie exento, provisto de un cuello alto que se quiebra a media altura formando un escalón al interior, con un perfil similar al que describíamos para las jarras del la Forma XIII. Sobre el hombro se localiza un vertedor estrecho en forma de cabeza de animal apenas esbozada y de escasa calidad artística y, en el lado opuesto, los dos arranques de un asa vertical.

En principio, las características descritas permiten relacionar este vaso con los tipos clásicos de *gutti*²⁹, forma que, hasta ahora, no estaba representada entre la producción de BRPG, a no ser por ciertos tipos de asas –sobre todo las de “anillo” (Niveau de Villedary 2001a: 193, fig. 66, 15)– y fondos –el fondo gallonado descrito como Tipo-7 (Niveau de Villedary 2001a: 190, fig. 65, 9)– que pudieran relacionarse con esta forma suntuaria. Ahora bien, recientemente ha aparecido entre el material del relleno de uno de los pozos rituales de la necrópolis púnica de Cádiz³⁰ (Sibón 2001: 35) un ejemplar de vaso fragmentado del que se conservan parte del cuello y del cuerpo, decorado, a similitud del fondo anterior, mediante gallones (Fig. 10, 1). Pensamos que también en este caso, como parece desprenderse de las formas campanienses que sirvieron de modelo a los artesanos locales (*vid. infra*), nos hallamos ante una forma de *guttus*³¹.

27. Se trata de la segunda intervención arqueológica desarrollada en el entorno del yacimiento de Torre Alta, concretamente en la confluencia entre las Avdas. Rafael Alberti y Benjamín López –actualmente Rotonda de los Hornos Púnicos– en 1995. Lamentablemente y pese al interés del hallazgo sólo contamos con una breve referencia a la naturaleza de los descubrimientos (trabajos y contextos), recientemente publicada (Castañeda y Herrero 2001: 134), y con los materiales expuestos en la Sala II del Museo Histórico Municipal de San Fernando.

28. El contacto con la pieza ha sido sólo visual, a través del cristal de la vitrina, por lo que tan sólo podemos ofrecer medidas aproximadas.

29. Morel describe la forma como “*vases presque complètement fermés, munis d’un versoir étroit (tube ou relief d’applique perforé) et, sauf exception (quelques exemplaires sans anse), d’une anse verticale à implantation verticale implantée sur le flanc du vase, l’angle versoir-centre du vase-anse étant proche de 90°*. Ces vases peuvent comporter en outre un second orifice –destiné au remplissage– centré sur l’axe vertical du vase, et pratiqué sur le dessus ou sous le fond de ce dernier” (Morel 1981: 418-419).

30. Estos depósitos, tan frecuentes en la necrópolis, se rellenan con el material –cerámico y orgánico– procedente de los desechos de los banquetes y de otras actividades sacras desarrolladas en ambientes fúnebres (*cf.* Niveau de Villedary 2001b). La mayoría de los pozos se fechan en el último tercio del s. III a.C., desde época bárcida hasta finales de siglo.

31. En este caso el contexto funerario y ritual de donde procede contribuye a la identificación de la pieza como *instrumentum* ritual.

III.1.4. Otras

Por último, encontramos también otra serie de piezas fragmentadas, en este caso fondos y asas, que no podemos saber con seguridad a qué formas completas pertenecen. Mientras que el fondo que presentamos como Tipo-1 (Fig. 11, 1-4) debió ser el más común entre las formas cerradas del s. II –ya que no sólo es el que tenemos documentado en mayor número sino que es también el que presentan las dos formas completas de jarras del Tipo XIII-A (Fig. 8, 1 y 3)–, los tipos 2 y 3 debieron pertenecer a otras formas de las que, hasta el momento, no tenemos constancia expresa. Mientras que el primero corresponde a un vaso profundo y fusiforme, de pie estrecho y alto, bien diferenciado del resto del cuerpo (Fig. 11, 5) –¿algún tipo de ungüentario?–, el Tipo-3, dadas sus características –mayor diámetro, sutileza de las paredes, presencia de una acanaladura que separa fondo y cuerpo, pie biselado³² (Fig. 11, 6)–, que denotan una mayor antigüedad, quizás perteneciera a algún tipo de jarra o ungüentario de fines del s. III a.C.

Respecto a los elementos de suspensión, en todos los casos se trata de asas de aplicación vertical y sección moldurada³³ que, en la mayor parte de los casos, debieron pertenecer, como muestran los ejemplares completos (Fig. 8, 1-3), a las jarritas de la Forma XIII, o quizás también a las formas de *gutti*; mientras que las de mayores dimensiones (Fig. 11, 7), de aparición esporádica, quizás correspondan a alguna jarra de mayor tamaño, lo que probaría la existencia de éstas –las incluidas en la Forma XVIII–.

III.2. Características técnicas y decoración

El principal hecho a destacar es la evidente “decadencia” técnica, tanto en términos absolutos como relativos, respecto a la producción de momentos anteriores. Se advierte un descenso notable en la calidad final de los productos, en la factura, en la composición de los pigmentos y en su aplicación a las piezas, que no cubren por completo la superficie, en la utilización de pastas que no se depuran, etc. Por consiguiente, la decoración se rarifica, ya no encontramos pseudo-gallones, ni apliques, ni elementos adicionales (listeles, incisiones, acanaladuras, etc.)³⁴; incluso las estampillas características de esta producción desaparecen hacia mediados del s. II a.C.³⁵

32. Se trata del pie que en la Tipología se denominó Tipo 3 (Niveau de Villedary 2001a: 82, fig. 62). Morel los denomina “*pieds à bourrelet*” y los describe como “*les pieds dont la moitié inférieure, lorsque l'on considère leur profil, est nettement saillante par rapport à la moitié supérieure*” (Morel 1981: 449). El bolsal es la forma que con mayor frecuencia presenta este tipo de pie, de perfil muy saliente, que en el interior muestra una curva continua desde el fondo externo hasta la zona de reposo y en el exterior se une con esta curva en ángulo agudo (Sánchez 1992: 225) y que recuerda en gran medida al de las piezas áticas (Sparkes y Talcott 1970: 107).

33. Son asas de sección plana que en la cara vista aparecen surcadas por una ancha acanaladura.

34. Las formas de *gutti* descritas *supra* se fabrican, con casi toda seguridad, en las últimas décadas del s. III, en un momento que, aunque avanzado, todavía se puede hablar de etapa clásica del taller; aunque poco a poco se vayan introduciendo ciertas modificaciones, en general, las características de la producción son las mismas que antes.

35. Esta circunstancia está documentada en las estratigrafías de Pery Junquera donde en los hornos y vertederos fechados entre finales del s. III y comienzos del II todavía aparecen con relativa frecuencia vasos y fondos con los típicos motivos de palmetas y rosetas que, a partir de mediados de siglo, desaparecen por completo (Niveau de Villedary 2004b: 682).

III.3. Origen y paralelos

En suma, la producción de BRPG en el s. II se caracteriza por la influencia ejercida por las producciones itálicas. Algunas de las nuevas formas se empiezan a introducir ya a finales del s. III, pero el máximo desarrollo será en la siguiente centuria, cuando llegado un momento determinado se copian masivamente las formas que vienen de Italia –campanienses– y se abandonan las helenísticas.

La jarra de la Forma XIII deriva morfológicamente de los tipos más evolucionados de olpes de barniz negro ático (Sparkes y Talcott 1970: 76) y se corresponde, a grandes rasgos, con la Forma 58 A de Lamboglia (Fig. 12, 1). Bajo esta denominación se contemplan las jarras de pequeñas o medianas dimensiones, con un asa, típicas de las producciones de *Minturnae* y del tipo D de Volterra (Montagna-Pasquinucci 1972: 345) que, por el contrario, son escasas en Occidente (Lamboglia 1952: 197). Los paralelos más cercanos los encontramos dentro del género 5200 de Morel –jarras de boca redonda, con asa que no se sobreeleva por encima de la altura máxima del recipiente y cuello que no se diferencia de manera brusca del resto del cuerpo (Morel 1981: 337)–, en concreto la más parecida es la especie 5210 –jarras de cuerpo ovoide, más amplias en su mitad inferior, cuyo rasgo definitorio es la boca, que puede estar surcada por una acanaladura en su parte interna o bien ser semiplanas–, generalmente producciones de “aire etrusquizante” (Morel 1981: 337-338). Igual que ocurría en el s. III, ninguna forma de las que presenta Morel –es decir, ninguno de los posibles prototipos– es exactamente igual a las gaditanas. Las que se asemejan más en la forma general del cuerpo –piriforme– y el perfil de la boca –que forma una especie de cazoleta– son los ejemplares 5212e 1³⁶ (Morel 1981: 339, lám. 155) (Fig. 12, 2) y 5215b 1³⁷ (Morel 1981: 340, lám. 157) (Fig. 12, 3), aunque en el primero de los casos la pieza es de mayor tamaño –casi 22 cm. de altura, frente a los 11’5-12 cm. de las jarras locales– y en el segundo la diferencia mayor estriba en la colocación del asa que en este caso parte del cuello debajo de la boca, mientras que en las gaditanas lo hace a la altura de ésta. En cualquier caso se trata, al igual que en el caso gaditano, de producciones de tipo regional-local que debieron fabricarse a partir de modelos originales, en principio y al menos para los ejemplares itálicos, del área etrusca; dejando en interrogante cuál sería el prototipo a partir del que los artesanos gaditanos copian la forma, puesto que estamos hablando de producciones itálicas situadas entre finales del s. IV y el III a.C. (Montagna-Pasquinucci 1972: 470), mientras que los ejemplares gaditanos se fechan todos, *grosso modo*, a mediados del s. II³⁸ –a excepción del procedente del Castillo de Doña Blanca que debe ser algo anterior, del último tercio del s. III–. Las asas de sección bífida también remiten, siempre según Morel, a producciones de la Etruria centromeridional o regiones vecinas de la primera mitad del s. II a.C (Morel 1981: 475).

Respecto a los recipientes que hemos reunido bajo la nueva Forma XVIII, y dado que no tenemos la certeza de si se trata de formas de jarras –recipientes con asas– o de urnas –vasos sin asas–, en principio, los posibles modelos debemos buscarlos tanto entre las jarras de los géneros 5100-5300³⁹ (Morel 1981: 331-332) como –para las piezas de diámetros más amplios– en algunas formas de crateras o vasos acraterados de las especies 4620-4630 (Morel 1981: 321), formas Montagna-Pasquinucci 139 (Montagna-Pasquinucci 1972: 423-424, fig. 10, 284) y Lamboglia 40 A (Lamboglia

36. Producción local o regional, procedente de Adria, que Morel fecha –con dudas– sobre el 300 ± 50 (Morel 1981: 339).

37. Producción regional o local del entorno de *Minturnae*, de mediados del s. III a.C. (Morel 1981: 340).

38. Hacia mediados del s. II se fechan los ejemplares 1 y 3, procedentes del vertedero situado en el C-10 (UE 256), el 2 del C-11 (UE 212) y el 4 del C-1 (UE 40); mientras que el número 5 –C-13 (UE 159)– y el 6 –C-4 (UE Estructura 1) pueden ser algo más modernos (ca. 130-120 a.C.) (Niveau de Villedary 2004b: 685 y 687).

39. Al género 5100 pertenecerían las jarras de boca redonda y asas claramente sobreelevadas (Morel 1981: 332), al 5200 aquéllas en las que el asa no sobrepasa la altura máxima del vaso y el cuello no se diferencia bruscamente del cuerpo (Morel 1981: 337) y al 5300 las formas en las que cuello y cuerpo no siguen la misma curva (Morel 1981: 332, n. 407).

1952: 184) (Fig. 12, 6). En concreto, los bordes con cresta de las variantes locales gaditanas XVIII-A-2 y XVIII-B-3 son muy similares a los que presentan ciertas producciones de la Etruria del sur –*vid.* series 5111, 5113, 5115 y 5116– (Fig. 12, 4-5), de donde parecen ser exclusivos (Morel 1981: 333). Concluyendo, no parece razonable sostener que dichas formas de crateras o grandes jarras, de cronología antigua, ejecución compleja y alta calidad técnica y artística, fueran los prototipos directos de las formas gaditanas; sino que, más bien, debió ser toda la corriente de tradición etrusca que llega indirectamente a través de la campaniense B la que inspiró ciertos detalles –en este caso los bordes– adoptados por el taller gaditano.

Por último, ante la escasez de ejemplares no estamos en condiciones de concretar si los *gutti* documentados hasta ahora son copias aisladas –como parece ser el ejemplar de Torre Alta– o si hubo una fabricación sistemática de este tipo. Con la información disponible⁴⁰ se trataría de una forma que los talleres gaditanos empiezan a fabricar a fines del s. III a partir de modelos suditalicos. Los prototipos más cercanos hay que buscarlos entre las primeras formas de campaniense A, en concreto, en el tipo 8121a (Morel 1981a: 421, pl. 208) procedente del pecio del Grand Congloué 1. Se trata de una forma que no es demasiado frecuente (Sanmartí y Principal 1998: 212), puesto que tan sólo existe un paralelo procedente del pecio de Ses Lloses-Lazareto (Sanmartí y Principal 1998: 195-196, fig. 3), por lo que hay que tener precaución al relacionarla con nuestro vaso, aunque determinados detalles como el vertedor en forma de cabeza de león, la decoración sobrepintada, la presencia de cuello, etc., relacionan ambas producciones, de cronología similar –hacia fines del s. III a.C.–. Esta última pieza, imitación –aunque quizás fuese más correcto calificarla de “reinterpretación”– que el taller gaditano hace de formas típicas de otros talleres mediterráneos, en el contexto en el que se halla –vertederos asociados a hornos alfareros–, supone una prueba del dinamismo de la producción local, que refleja rápidamente en su propia producción las innovaciones que se están produciendo en el resto del Mediterráneo.

IV. USO Y FUNCIÓN. SOBRE EL POSIBLE SIGNIFICADO RITUAL DE LAS FORMAS CERRADAS BARNIZADAS

Las propias características morfológicas de los vasos nos ofrecen algunos indicios sobre la función, o posible función, para la que fueron creadas. Se puede hacer una primera distinción entre las formas de jarras y las de ungüentarios o frascos de perfumes, mientras que las primeras se utilizan para contener y servir líquidos, las segundas sirven de envase a otras sustancias suntuarias –perfumes, aceites o ungüentos–; aunque, finalmente, es el análisis de los contextos el que definitivamente nos informa del uso que se les dio.

Los usos de las formas cerradas barnizadas gaditanas de los siglos III y II a.C. se resumen, *grosso modo*, en dos: dentro del servicio de mesa se utilizaron para servir la bebida –fundamentalmente agua y vino (Bats 1988: 55)– y como parte de la vajilla litúrgica las encontramos en contextos rituales y funerarios con una funcionalidad sacra, en la realización de libaciones y de otro tipo de rituales. Es decir, que como ya advirtió Bats en sus trabajos (Bats 1987: 198), se utilizan tanto para la alimentación como en las actividades relacionadas con el culto y la muerte. De momento, y aunque *a priori* no lo descartamos, no se tiene constancia de su uso como elemento de tocador.

40. Los contextos de donde proceden los escasos ejemplares conocidos –alfar de Torre Alta y pozo votivo de la necrópolis de Cádiz– se fechan entre finales del s. III y comienzos de la centuria siguiente, en tanto que en el yacimiento del Castillo de Doña Blanca es una forma que no está representada.

La misma nomenclatura utilizada para definir algunos de los tipos descritos incide en la función para la que fueron concebidos: unguentarios, ampollas, frascos de perfumes, son términos que señalan su utilización como contenedores de aceites y perfumes. Sus reducidas dimensiones, las bocas a la manera de surtidores y la presencia de asas indican que se trata de vasos desde los que pueden verterse pequeñas cantidades de líquido, en ocasiones casi gota a gota (Sparkes y Talcott 1970: 157). Las, a veces, anchas bocas de estos frascos, que forman amplias cazoletas o embudos, cumplían la función de esparcir el aceite perfumado y así poder probar su aroma.

La razón por la que estos recipientes son escasos entre el material recuperado en el Ágora de Atenas se ha explicado por su utilización en los rituales funerarios, que parece ser el uso más frecuente (Sparkes y Talcott 1970: 150); de esta manera la utilización de aceites perfumados o unguentos en los rituales funerarios y como ofrenda al difunto provocan que, contrariamente, su presencia sea masiva en estos contextos. En la Península Ibérica aparecen con frecuencia en las necrópolis de las zonas más helenizadas –Ampurias– o de enraizada tradición fenicio-púnica –Ibiza– (Sánchez 1985: 84), y sólo de forma esporádica entre los ajuares ibéricos, cuyos individuos prefieren enterrarse con vasos áticos relacionados con la bebida y el banquete (Sánchez 1992: 260-261). En contextos de hábitat la concentración mayor de estos elementos suele estar entre los materiales desechados en las escombreras de talleres y tiendas. También hay que valorar su uso, aunque proporcionalmente menor, en la vida diaria, donde fundamentalmente se usó como vaso para contener los perfumes femeninos y el aceite de los atletas (Olmos 1980: 17) tal y como muestran las escenas de vida cotidiana que decoran los propios ejemplares de figuras rojas (Sparkes y Talcott 1970: 150).

Las jarras –recipientes cerrados, de mayores dimensiones y con un asa vertical– son menos frecuentes entre la cerámica barnizada y en la vajilla son sustituidas por formas de cerámica común, aunque existen notables excepciones. Es posible que por sus mayores dimensiones la forma de la boca y el asa, y el haber aparecido en un contexto ritual, posiblemente relacionado con banquetes y libaciones funerarias (Niveau de Villedary 2001b: fig. 4, 3), la jarra que ha servido para definir el Tipo XV-D, fuese utilizada para libar líquidos –¿agua, vino, leche?– y no, como en los casos antes contemplados, para contener aceites o perfumes. En cualquier caso, la función de verter parece fuera de toda duda (Adroher 1993: 119 ss.).

A causa de la inscripción que aparece pintada sobre un ejemplar corintio de comienzos del s. VI, los olpes áticos se han interpretado tradicionalmente como jarras para vino (Sparkes y Talcott 1970: 76, n. 2); aunque resulta fácil aventurar un uso más amplio como vaso auxiliar en relación con el consumo de líquidos.

Respecto a los *gutti*, para Lamboglia se trata del vaso –forma L-45– donde se porta el aceite para las lucernas (Lamboglia 1952: 192). Sería una forma frecuente en el s. IV, más escasa en el III, que desaparecería en el II; fenómeno que el investigador italiano pone en relación con la sustitución de las lucernas abiertas por las cerradas (Lamboglia 1952: 193). Más recientemente la forma se ha interpretado como parte de la vajilla de uso litúrgico, en concreto, como vaso para libaciones, sin descartar otros usos –lámparas o incluso como biberón– (Montón 1993: 245; Puche 1998: 109). En suma, el *guttus* –vaso estrecho, con cuello diferenciado y asa– podía contener aceites, perfumes o unguentos y se utilizaría en ambientes tanto culturales como domésticos (Principal 1998: 14).

Desde el punto de vista diacrónico, las formas que hemos definido para el s. II serían las continuadoras –algunas veces sustituyéndolas, otras evolucionando a partir de las primeras– de las propias de la tercera centuria, pues no hay que olvidar que aunque ya bajo la órbita romana la población gaditana sigue siendo fundamentalmente púnica al menos hasta el cambio de era⁴¹.

41. Aunque obviamente no podemos entrar en ellos, los ejemplos que tenemos respecto a la continuidad cultural de la población gaditana son numerosos, tanto en el ámbito funerario, como en el cultural o incluso en el productivo.

Posiblemente las pequeñas jarritas de la Forma XIII y, en cierta manera, también las formas de *gutti* –Forma XIX– sean las sucesoras, como contenedores de sustancias perfumadas, de los ungüentarios de los Tipos XV-A, XV-B y XV-C; mientras que a las primeras formas de enócoes –Tipo XV-D– les debieron suceder las jarras que hemos incluido en la Forma XVIII, ambos tipos con la función primordial de contener y servir líquidos.

Respecto a los lugares en los que se han hallado formas cerradas barnizadas –y, por tanto, de los posibles usos de éstas–, en general, podemos hablar de dos tipos de contextos. De los industriales –hornos y alfares– proceden la mayor parte de los vasos de cronología reciente y no ofrecen más información que la de constatar la fabricación de dichas formas (Niveau de Villedary 2004b). En segundo lugar nos encontramos con una serie de espacios en los que el registro nos indica que han tenido lugar ciertas actividades de tipo ritual y en los que también se han hallado formas de jarras o ungüentarios. Contrariamente a lo que veíamos para los contextos de tipo industrial, propios del s. II, éstos, por regla general, se fechan entre finales del s. III y comienzos del II a.C.

De nuevo, es la necrópolis púnica de Cádiz la que nos ofrece los ejemplos más explícitos en este sentido. En más de una ocasión nos hemos hecho eco de la existencia en la necrópolis gaditana de numerosos pozos de cuidada factura que aparecen rellenos de fragmentos cerámicos y desechos alimenticios, una suerte de “basureros rituales” donde se amortizan los restos producidos por los banquetes y otras ceremonias fúnebres (Niveau de Villedary 2001b; Niveau de Villedary y Ferrer 2005 y e.p.). En ocasiones, en los niveles inferiores de estos depósitos se han podido documentar ánforas completas aunque fracturadas que hemos interpretado como las evidencias materiales de la sacralización del espacio mediante ritos de libación (Niveau de Villedary 2004a). En uno de estos pozos, excavado en 1981⁴², junto a las ánforas se hallaron una patera estampillada completa de barniz rojo gaditano (Forma Niveau VIII), otro ejemplar de importación –presumiblemente de la clase Byrsa 401– y la enócoe que nos ha servido para definir el Tipo XV-D. El conjunto, a todas luces, parece responder a la realización de una libación, ya que tenemos representados los contenedores del líquido utilizado –las ánforas–, el recipiente que sirvió para escanciar –la enócoe– y las pateras, vaso de libación por excelencia, sobre lo que se vertería el líquido.

Fragmentos que debieron pertenecer a jarras del mismo estilo –bocas y asas en su gran mayoría– se han individualizado, aunque no son demasiado frecuentes, entre los rellenos de otras de estas estructuras (Niveau de Villedary 2003: 13, fig. 10, 1-2 y 4-5), de manera que aunque no de forma habitual, podemos presuponer que las jarras barnizadas debieron utilizarse también en el transcurso de los banquetes funerarios.

Por su parte, las formas de ungüentarios –que hemos visto que se identifican con los contenedores de perfumes– aparecen con relativa frecuencia en espacios en los que parece haber tenido lugar ciertas manifestaciones religiosas, es el caso de la pequeña zona de culto vinculada a la necrópolis en la que en relación a una estructura indefinida (¿se trata de un altar?) y en niveles de cenizas, se hallaron un buen número de fragmentos de los denominados “pebeteros en forma de cabeza femenina” junto a cerámica fina, entre ella varios fragmentos de bocas, bases y asas de diversos tipos de ungüentarios o botellitas de barniz gaditano “tipo Kuass” (Niveau de Villedary y Córdoba 2003: 134, fig. 9, 5). En este caso la presencia de formas cerradas debe ponerse en relación con ritos

42. Para el contexto completo y las circunstancias del hallazgo puede verse Niveau de Villedary 2001a: 348-349; fig. 97. Aunque en otros trabajos y en relación a la tipología más antigua de algunos de los envases anfóricos, habíamos propuesto una datación sobre finales del s. IV a.C. y principios del III (Niveau de Villedary 2002-03: 191), hoy por hoy, pensamos que dicha datación debe adelantarse, al menos, hasta la segunda mitad de la tercera centuria, dado que es frecuente que en este tipo de depósitos se amorticen algunos elementos –sobre todo ánforas foráneas y algunas piezas de la vajilla fina– de notable arcaísmo respecto a las producciones más modernas, aunque no cabe dudar, por la estratificación de los materiales que se repite en todos los casos analizados, de que los depósitos se formaron con un único vertido.

relacionados con la quema de sustancias aromáticas con funciones cultuales (Niveau de Villedary y Córdoba 2003: 143).

Aunque en principio se trata de un contexto habitacional con funciones también productivas, traemos el caso del poblado de Las Cumbres (El Puerto de Santa María, Cádiz) como tercer ejemplo del uso de formas cerradas en contextos rituales. El poblado tiene una corta existencia centrada en la segunda mitad del s. III, sin embargo y a diferencia de lo que sucede en la vecina ciudad del Castillo de Doña Blanca, su final no parece haber sido violento aunque sí precipitado y repentino⁴³. En este sentido resulta elocuente el conjunto de materiales que colmataba la estancia formada por las habitaciones XI, XII, XIII y XVIII (Fig. 13). Al describirla ya se nos presenta, en cierto modo y utilizando la terminología al uso, como “singular”. En primer lugar y aunque las habitaciones que la forman se encuentran comunicadas entre ellas, no presentan ningún vano abierto al exterior, ni a la calle, ni a las habitaciones colindantes, por lo que hemos de inferir que o bien se accedía a ella por el techo o bien los accesos fueron cegados en determinado momento. En segundo lugar, en una de las esquinas de la habitación XI se excavó una fosa con ocho niveles de relleno, un metro de diámetro y casi dos metros de profundidad; mientras que los niveles inferiores aparecen limpios de material, los superiores están colmatados por restos fragmentados y amontonados, como si estuvieran en desuso, al igual que el resto de la habitación. Obviamente, esta estructura, que en un principio se consideró un basurero (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 895), a la luz de los datos de la necrópolis gaditana, debe interpretarse como un depósito donde se amortizan, una vez fragmentados y por tanto inutilizados para usos posteriores, los elementos utilizados en ritos de tipo sacro. Si para la necrópolis no tenemos duda de la celebración de rituales funerarios secundarios, en este contexto industrial y de habitación la interpretación de este *bothros* responde, sin duda, a otras ceremonias, que en su momento interpretamos como el depósito fundacional del poblado (Niveau de Villedary 2001a: 413) y que hoy creemos que, por el contrario, se trataría de un banquete colectivo previo al abandono del mismo⁴⁴. Entre este abundante material destaca la presencia de formas cerradas de jarras y ungüentarios tanto de cerámica común como de tipos barnizados, utilizados en el desarrollo de esta celebración, entre ellos el ungüentario del Tipo XV-A.

43. Mientras que en el Castillo de Doña Blanca se documenta un importante nivel de incendio asociado a la última etapa de ocupación del yacimiento, junto a evidencias de destrucción en la muralla, hallazgos de bolas de catapulta, caballos e individuos muertos, etc, lo que evidencia un final violento para el asentamiento (Ruiz Mata y Pérez 1995: 75), en el vecino poblado de Las Cumbres no hay ningún rastro de violencia, aunque de determinados elementos –como la presencia de numerosos envases anfóricos *in situ*– se deduce un precipitado abandono del lugar por parte de sus habitantes, quizás relacionado con el fin de la ciudad vecina, la ocupación romana o el cegamiento del río Guadalete a su paso por la Sierra de San Cristóbal.

44. El material cerámico es muy numeroso y, en ocasiones, selecto, ya que es en estas habitaciones donde se hallan la mayor parte de las importaciones del yacimiento, así como las formas más cuidadas, destacando los vasos destinados a la bebida –cuencos y copas en todas sus variantes técnicas y formales–. Respecto a los restos óseos, éstos pertenecen, a lo sumo, a uno o dos individuos, seguramente bóvidos, y algún otro animal de menor envergadura; en cuanto al material malacológico destacan las grandes bolsadas de caracoles de diferentes especies que aparecen en el relleno del foso (Barrionuevo y Ruiz Mata 1991: 16-17).

V. BIBLIOGRAFÍA

- ARTEAGA, O.; CASTAÑEDA, V.; HERRERO, N. y PÉREZ, M. (2001): “Los hornos tardopúnicos de Torre Alta (San Fernando, Cádiz)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1997* III: 128-136.
- ADROHER AUROUX, A. M. (1993): “Céramique attique à vernis noir”, *Lattara* 6: 117-131. Lattes.
- BARRIONUEVO CONTRERAS, F. y RUIZ MATA, D. (1991): *Informe de la campaña de excavaciones de 1991. Poblado púnico de la Sierra de San Cristóbal*. Informe inédito.
- BATS, M. (1987): “Consommation, production et distribution de la vaisselle céramique”, *Simposio Internacional Grecs et Ibères au IV^e siècle a.J.C* (= *Revue des Études Anciennes* LXXXIX, 3-4): 197-216.
- (1988): *Vaisselle et alimentation à Olbia de Provence (v. 350 - v. 50 av. J.-C.)*. *Modeles culturels et catégories céramiques*. Paris.
- BENOIT, F. (1961): *Fouilles sous-marines. L'épave du Grand Congloué à Marseille* (= XIV^e supplément à *Gallia*). Paris.
- BERNAL, D y LAGÓSTENA, L (Eds.): *Actas del Congreso Internacional «Figlinae Baeticae». Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética Romana (ss. II a. C. - VII d. C.)* (= *British Archaeological Reports International Series* 1266). 2 vols. Oxford.
- BERNAL, D.; DÍAZ, J. J.; EXPÓSITO, J. A.; SÁEZ, A. M.; LORENZO, L. y SÁEZ, A. (2003): *Arqueología y Urbanismo. Avance de los hallazgos de época púnica y romana en las obras de la carretera de Camposoto (San Fernando, Cádiz)*. Cádiz.
- CASTAÑEDA FERNÁNDEZ, V. y HERRERO LAPAZ, N. (2001): “Intervención arqueológica de urgencia en los entornos de los hornos tardopúnicos de Torre Alta (San Fernando, Cádiz). Sondeos arqueológicos en la Unidad de ejecución nº 16.”, *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1998* III (I): 134-137.
- CERDÁ, D. (1987): “La cerámica ática de barniz negro”, ARRIBAS, A.; TRÍAS, M. G.; CERDÁ, D. y HOZ, J. de, *El Barco de El Sec (Costa de Calviá, Mallorca)*. *Estudio de los materiales*: 197-385. Mallorca.
- CUADRADO, E. (1961-62): “Nuevas formas occidentales de la cerámica precampana”, *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*: 257-269. Murcia.
- FIERRO CUBIELLA, J. A. (1990): “Cerámica turdetana en Cádiz”, *Revista de Arqueología* 114: 34-40.
- GARCÍA CANO, J. M. (1982): *Las cerámicas griegas de la región de Murcia*. Murcia.
- GÓMEZ LUCAS, D. (2004): “Bes y Heracles. Estudio de una relación”, GONZÁLEZ BLANCO, A.; MATILLA, G. y EGEA, A. (Eds.): *El mundo púnico. Religión, Antropología y cultura material. II Congreso Internacional de Mundo Púnico (Cartagena 2000)* (= *Estudios Orientales* 5-6): 91-106. Murcia.
- GONZÁLEZ TORAYA, B.; TORRES, J.; LAGÓSTENA, L. y PRIETO, O. (2000): “Los inicios de la producción anfórica en la Bahía gaditana en época republicana: La intervención de urgencia en Avda. Pery Junquera (San Fernando, Cádiz)”, *Congreso Internacional «Ex Baetica Amphorae». Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano. (Sevilla-Ecija, 1998)*, I: 175-185. Écija.
- GUERRERO AYUSO, V. M. (1995): “La vajilla púnica de usos culinarios”, *Rivista di Studi Fenici* XXIII, 1: 61-99.
- LAMBOGLIA, N. (1952): “Per una classificazione preliminare della ceramica campana”, *I Congresso di Studi Liguri (Bordiguera, 1950)*: 139-206. Bordiguera.
- MARTÍN RUIZ, J. A. (1995): *Catálogo documental de los fenicios en Andalucía*. Sevilla.

- MONTAGNA PASQUINUCCI, M. (1972): “La ceramica a vernice nera del Museo Guarnacci di Volterra”, *Mélanges de l'École Française de Roma. Antiquité* 84, 1: 269-498.
- MONTÓN, F. J. (1993): “Consideraciones sobre la religiosidad romana. *Instrumenta* y culto doméstico”, *Gala* 2: 237-246.
- MOREL, J. P. (1980): “Les vases à vernis noir et à figures rouges d’Afrique avant la deuxième Guerre Punique et le problème des exportations de Grande-Grèce”, *Antiquités Africaines* 15: 29-75.
- (1981): *Céramique Campanienne: Les Formes*. París.
- (1986): “La céramique à vernis noir de Carthage, sa diffusion, son influence”, *Cahiers des Études Anciennes* XVIII: 26-55.
- NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, A. M. (2001a): *Las cerámicas gaditanas barnizadas de “tipo Kuass”. Tipología, producción y distribución*. Tesis Doctoral electrónica, Universidad de Cádiz.
- (2001b): “Pozos púnicos en la necrópolis de Cádiz: Evidencias de prácticas rituales funerarias”, *Rivista di Studi Fenici* XXIX, 2: 183-230.
- (2002-2003): “La cerámica gaditana “tipo Kuass”: *Item* cronológico para los contextos tardo-púnicos del sur peninsular”, *Pyrenae* 33-34: 175-209.
- (2003): “El uso ritual de la vajilla cerámica en la necrópolis púnica de Cádiz”, *Archivo Español de Arqueología* 76: 3-30.
- (2004a): “El vino en la liturgia funeraria fenicio-púnica: banquetes y libaciones rituales en la necrópolis de Gadir”, *III Simposio da Associação Internacional de História e Civilização da Vinha e do Vinho (Madeira, 2003)*: 379-415. Funchal.
- (2004b): “La producción de barniz púnico-gaditano en el s. II a.C. Nuevos datos aportados por el conjunto alfarero de Pery Junquera (San Fernando, Cádiz)”, *Actas del Congreso Internacional «Figlinae Baeticae». Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética Romana (ss. II a.C. - VII d.C.) (= British Archaeological Reports International Series 1266)*: 677-690. Oxford.
- (2004c): “Evidencias de la producción de cerámicas barnizadas “tipo Kuass” en la bahía de Cádiz”, *Actas de los XVI Encuentros de Historia y Arqueología. Las industrias alfareras y conservas fenicio-púnicas de la bahía de Cádiz (San Fernando, 2000)*: 171-195. Córdoba.
- (2005): “Tradición e innovación. La vajilla helenística en el mundo fenicio-púnico peninsular”, CELESTINO, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (Eds.): *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental (Mérida, 2003) (= Anejos de Archivo Español de Arqueología XXXV)*: 1395-1403. Mérida.
- y CÓRDOBA ALONSO, I. (2003): “Algunas consideraciones sobre la religiosidad de Gadir. Nuevos datos para su estudio”, *Saguntum* 35: 123-145.
- y FERRER ALBELDA, E. (2005): “Anotaciones al culto funerario de Gadir: Los pozos rituales”, *Atti del V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici (Marsala-Palermo, 2000)*: 1171-1186. Palermo.
- (e.p.): “La pervivencia de rituales orientales en la necrópolis púnica de Cádiz”, *II Congreso Español de Estudios de Próximo Oriente. «Oriente y Occidente. De las primeras sociedades productoras a comienzos de la romanización» (Cádiz-El Puerto de Santa María, 2001)*.
- y RUIZ MATA, D. (2000): “El poblado de Las Cumbres (Castillo de Doña Blanca): Urbanismo y materiales del s. III a.C.”, *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos (Cádiz, 1995)*, II: 893-903. Cádiz, Universidad de Cádiz.
- OLMOS ROMERA, R. (1980): *Las léцитos áticas de fondo blanco del Museo Arqueológico Nacional (= Catálogo de los vasos griegos del Museo Arqueológico Nacional 1)*. Madrid.
- PAGENSTECHE, R. (1909): *Die Calenische Reliefkeramik*. Berlin.
- PEDRONI, L. (2001): *Ceramica calena a vernice nera. Produzione e diffusione*. Città di Castello.

- PÉREZ BALLESTER, J. (1986): "Las cerámicas de barniz negro "campanienses": Estado de la cuestión", *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* IV: 27-45.
- PONSICH, M. (1969): "Les céramiques d'imitation: La campanienne de Kouass. Région d'Arcila-Maroc", *Archivo Español de Arqueología* 42: 56-80.
- PRINCIPAL-PONCE, J. (1998): *Las importaciones de vajilla fina de barniz negro en la Cataluña Sur y Occidental durante el siglo III a.C. Comercio y dinámica de adquisición en las sociedades indígenas* (= *British Archaeological Reports. International Series* 729). Oxford.
- PUCHE, J. M. (1998): "Les ceràmiques calenes a Tarraco. Les decoracions en relleu i avanç de les produccions del segle II a.C.", *Revista d'Arqueologia de Ponent* 8: 107-127.
- RICHTER, G. y MILNE, M. (1935): *Shapes and names of Athenian Vases*. Nueva York.
- RISUEÑO OLARTE, B. y ADROHER AUROUX, A. M. (1992): "Los moldes y su función arqueológica en las producciones cerámicas de la Antigüedad clásica", *In memoriam J. Cabrera Moreno*: 429-435. Granada.
- ROBINSON, D. M. (1950): *Excavations at Olynthus. Part XII. Vases found in 1934 and 1938*. Oxford.
- RUIZ MATA, D. y PÉREZ, C. J. (1995): *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*. El Puerto de Santa María.
- SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C. (1992): *El comercio de productos griegos en Andalucía Oriental en los siglos V y IV a.C.: Estudio tipológico e iconográfico de la cerámica*. Tesis Doctoral reprografiada, Universidad Complutense de Madrid.
- SANMARTÍ-GREGÓ, E. y PRINCIPAL-PONCE, J. (1998): "Cronología y evolución tipológica de la Campaniense A del s. II a.C.: Las evidencias de los pecios y de algunos yacimientos históricamente fechados", RAMÓN TORRES, J.; SANMARTÍ-GREGÓ, E.; ASENSIO VILARÓ, D. y PRINCIPAL-PONCE, J. (Eds.), *Les fàcies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les balears i les Pitiüses durant el segle III a.C i la primera meitat del segle II a.C.* (= *ArqueoMediterrània* 4): 193-215. Barcelona.
- SHEFTON, B. B. (1971): "Persian gold and Attic black glaze: Achaemenid influences on Attic pottery of the 5th. and 4th. centuries B.C.", *Actes du IXe Congrès International d'Archéologie classique (Damas, 1969)* (= *Annales Archéologique Arabes Syriennes* 21): 109-11. Damas.
- SIBÓN OLANO, J. F. (2001): *Memoria Preliminar de los resultados obtenidos de la excavación realizada en la Avda. Amílcar Barca. Secretaría General de la Seguridad Social de Cádiz. Junio/Julio 2001*. Memoria inédita depositada en la Delegación Provincial de Cultura. Cádiz.
- SPARKES, B. A. y TALCOTT, L. (1970): *Black and Plain Pottery of the 6th, 5th and 4th Centuries B.C.* Princeton.
- VV.AA. (1986): *Lexicon Iconographicum Mythologiae Classicae (LIMC)*. Artamis Verlag Zürich und München.
- VV.AA. (2004): *Actas de los XVI Encuentros de Historia y Arqueología. Las industrias alfareras y conserveras fenicio-púnicas de la bahía de Cádiz (San Fernando, 2000)*. Córdoba.

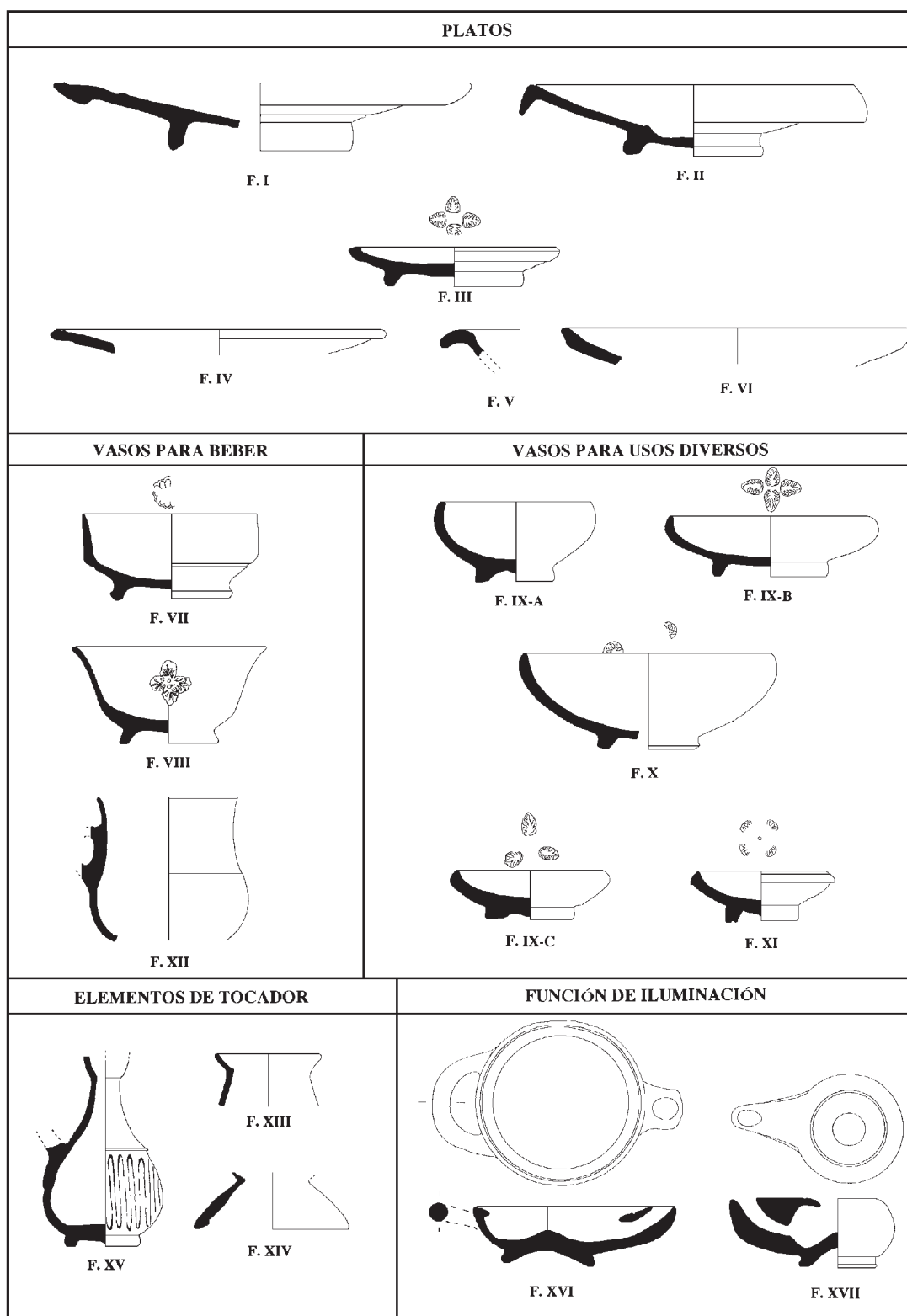


Figura 1: Caracterización funcional de la vajilla “tipo Kuass” propia del s. III a.C.
(según Niveau de Villedary 2001a: 285, fig. 83).

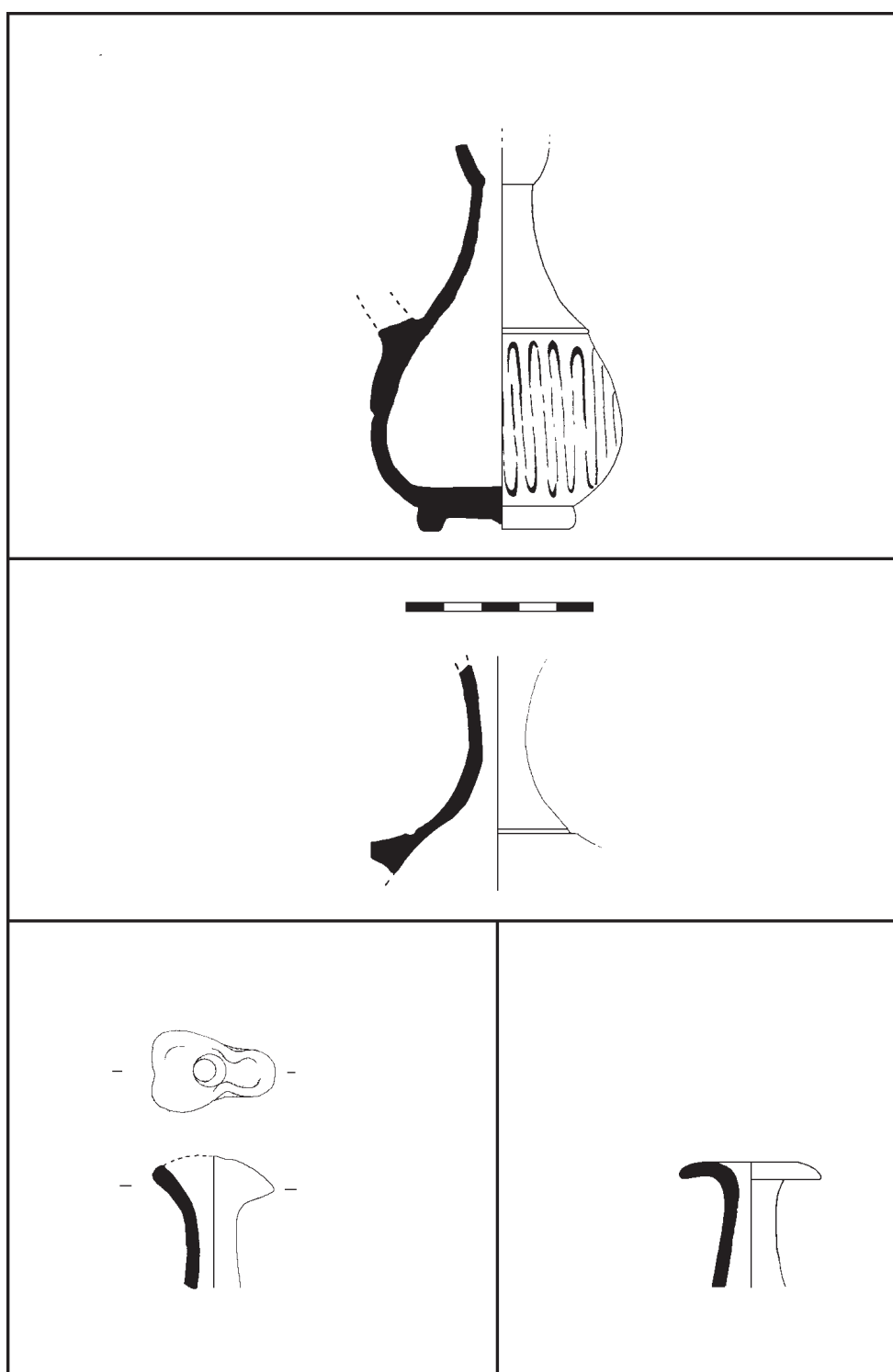


Figura 2: Formas cerradas del s. III a.C. –Forma XV– (I). **1.** Variante XV-A-1. Lécito “con collarín”. **2.** Variante XV-A-2. Lécito “con acanaladura”. **3.** Tipo XV-B. Ungüentario trilobulado. **4.** Tipo XV-C. Ungüentario de boca de seta. (Materiales procedentes del Castillo de Doña Blanca) (según Niveau de Villedary 2001a: fig. 47).

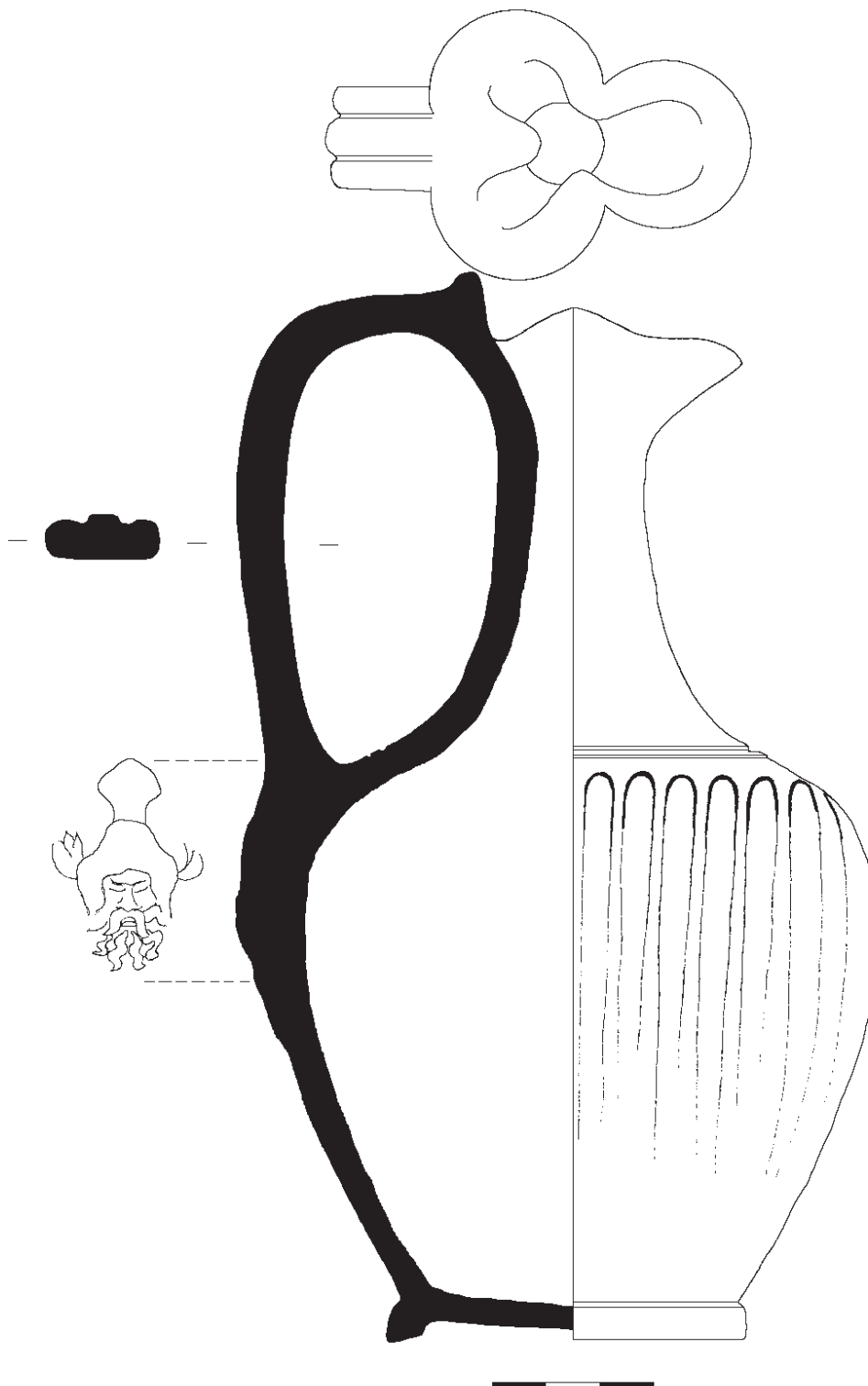


Figura 3: Formas cerradas del s. III a.C. –Forma XV– (II). 1. Tipo XV-D. Enócoe procedente de la necrópolis púnica de Cádiz (según Niveau de Villedary 2001a: fig. 48).

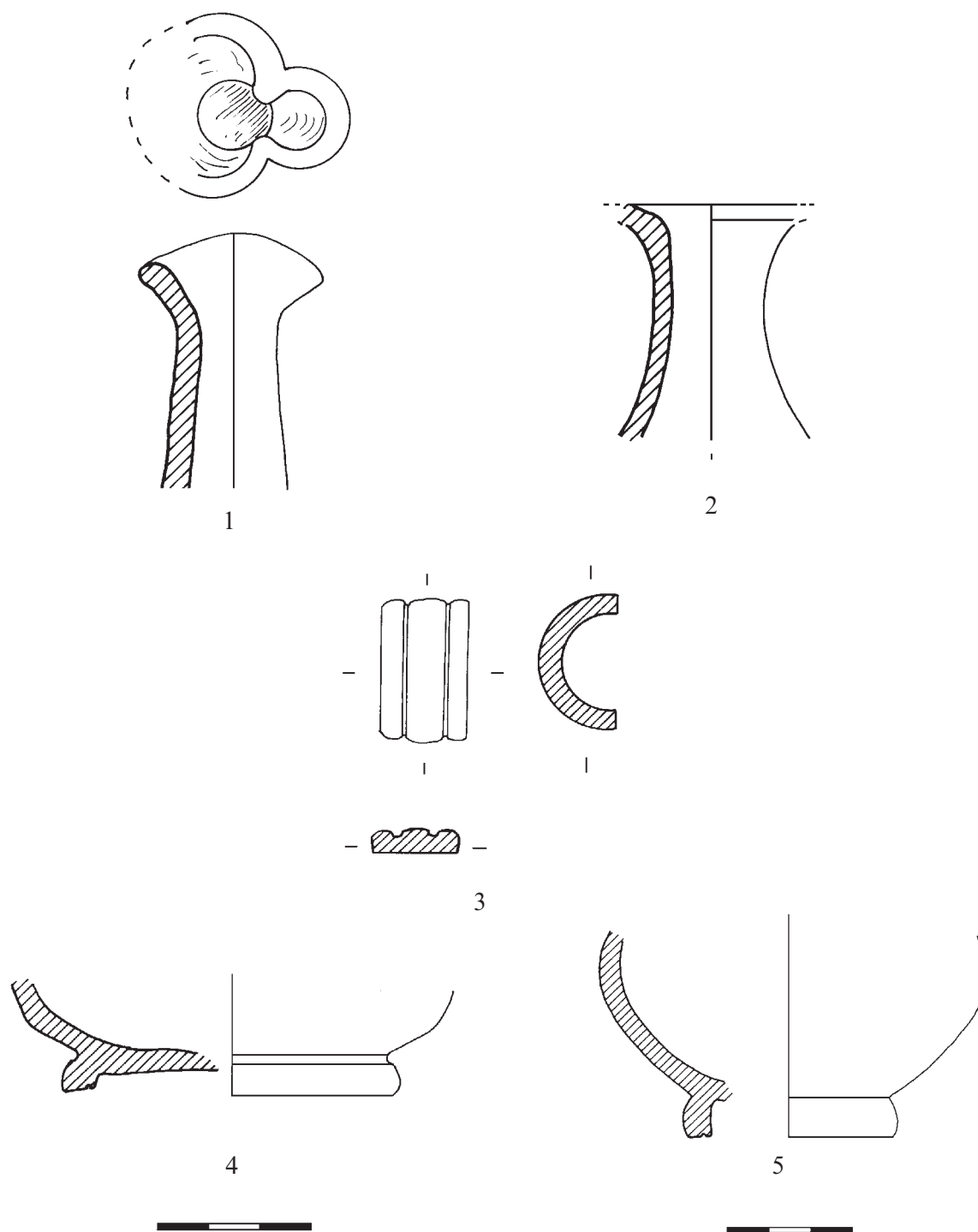


Figura 4: Formas cerradas procedentes de la necrópolis de Cádiz. **1.** Tipo XV-B. Ungüentario trilobulado de la posible zona ritual de Avda. de Andalucía 29 (según Niveau de Villedary y Córdoba 2003, fig. 9, 5). **2.** Tipo XV-C. Ungüentario de boca de seta procedente del relleno del pozo ritual E/F-3 (Cuarteles de Varela 1999). **3.** Fondo de forma cerrada procedente del mismo depósito. **4.** Asa de anillo. **5.** Fondo de vaso globular cerrado del pozo A-5 (Plza. de Asdrúbal 1997). (Dibujos de la autora).

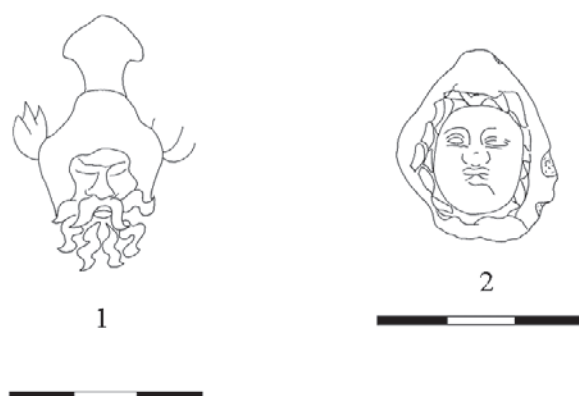


Figura 5: Apliques figurativos. **1.** Prótomo humano bajo el asa de la enócoe del Tipo XV-D procedente de la necrópolis gaditana (según Niveau de Villedary 2001a: 241, fig. 75). **2.** Aplique antropomorfo procedente del poblado de Las Cumbres (según Niveau de Villedary 2001a: 242, fig. 76).

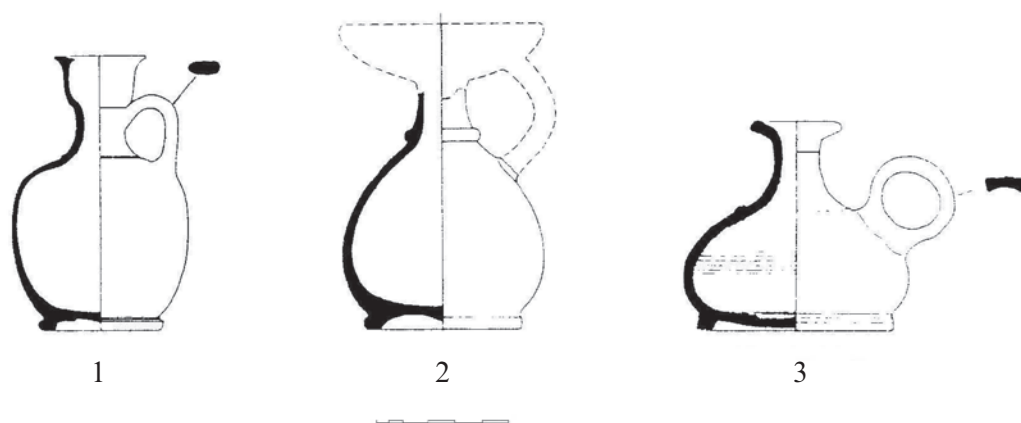


Figura 6: Prototipos y modelos de las formas del s. III a.C. Formas cerradas áticas procedentes del pecio de El Sec. **1.** Lécito. **2.** Frasco de perfumes. **3.** Forma Cuadrado 70 (Niveau de Villedary 2001a: fig. 49, a partir de Cerdá 1987a: figs. 73, 332; 83, 361 y 85, 367).

XIII

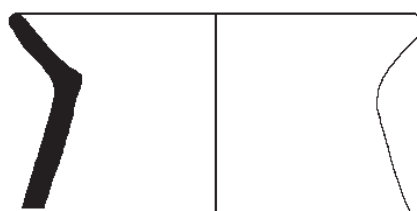


Figura 7: Ejemplar procedente del Castillo de Doña Blanca que sirvió de prototipo para definir la Forma XIII en la Tipología original (según Niveau de Villedary 2001a: fig. 46, 5).

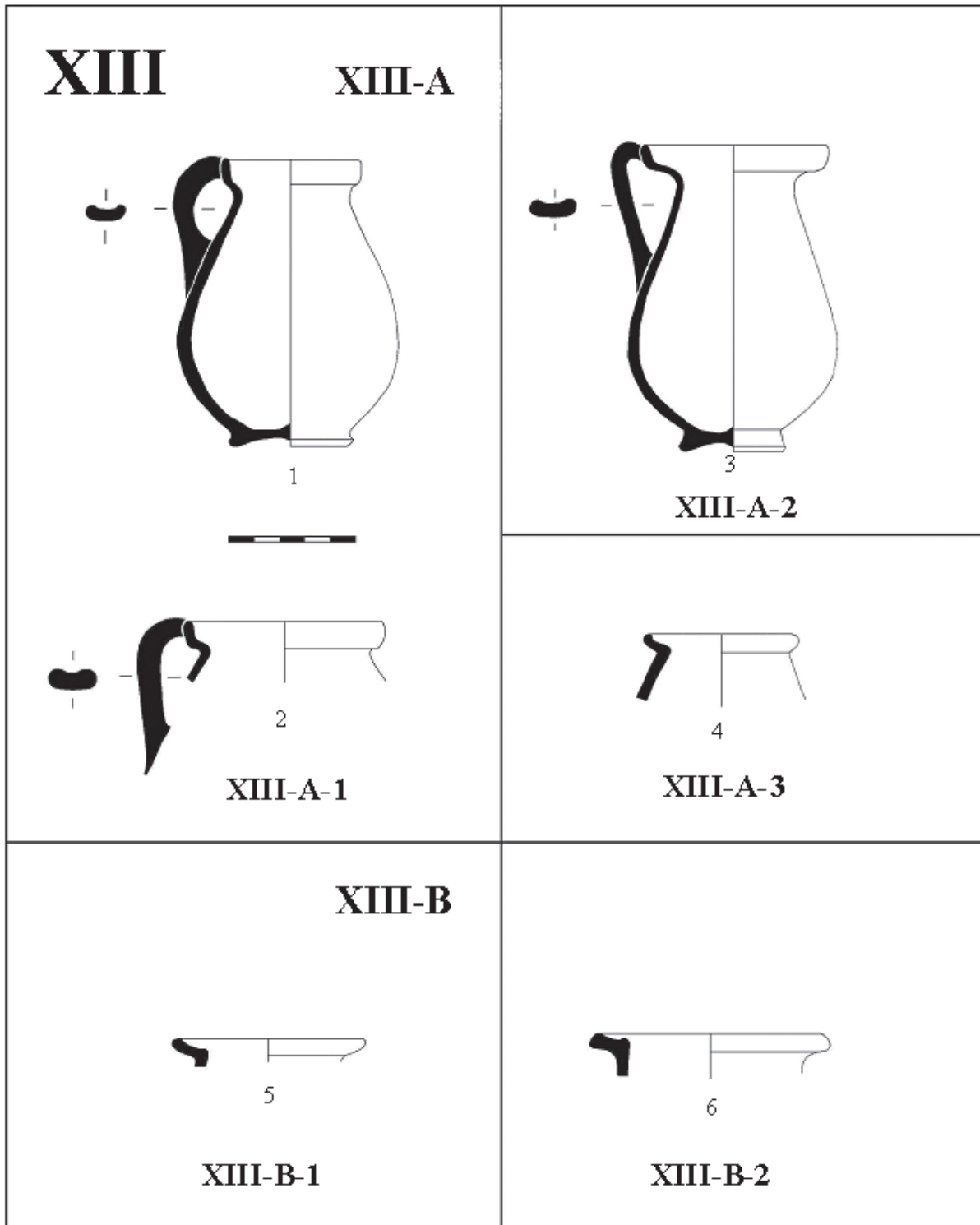


Figura 8: Formas cerradas del s. II a.C. –Forma XIII–. 1-2. Variante XIII-A-1. 3. Variante XIII-A-2. 4. Variante XIII-A-3. 5. Variante XIII-B-1. 6. Variante XIII-B-2. (Materiales procedentes de Pery Junquera) (Dibujos de la autora).

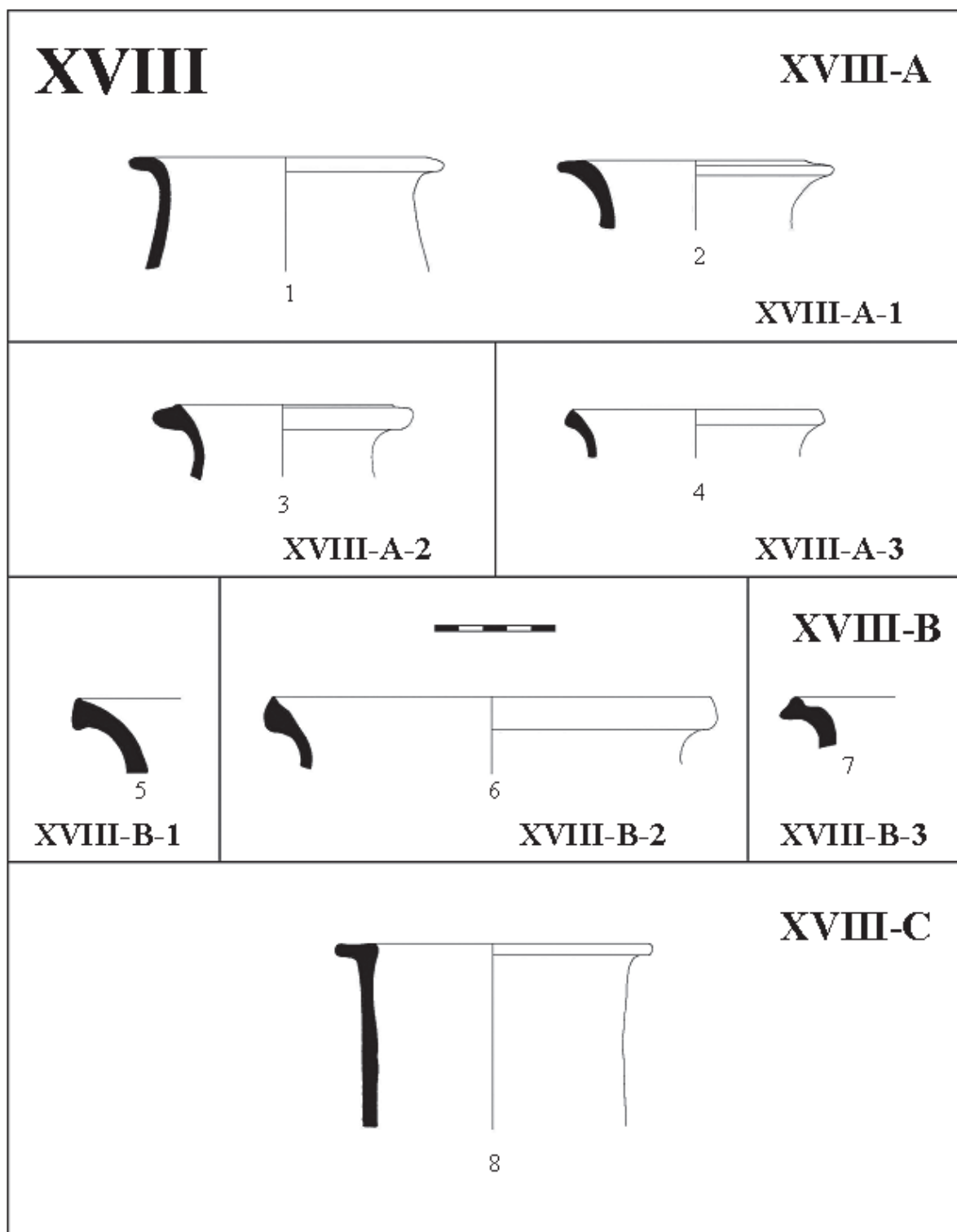


Figura 9: Formas cerradas del s. II a.C. –Forma XVIII–. 1-2. Variante XVIII-A-1. 3. Variante XVIII-A-2. 4. Variante XVIII-A-3. 5. Variante XVIII-B-1. 6. Variante XVIII-B-2. 7. Variante XVIII-B-3. 8. Tipo XVIII-C (Materiales procedentes de Pery Junquera) (Dibujos de la autora).

XIX

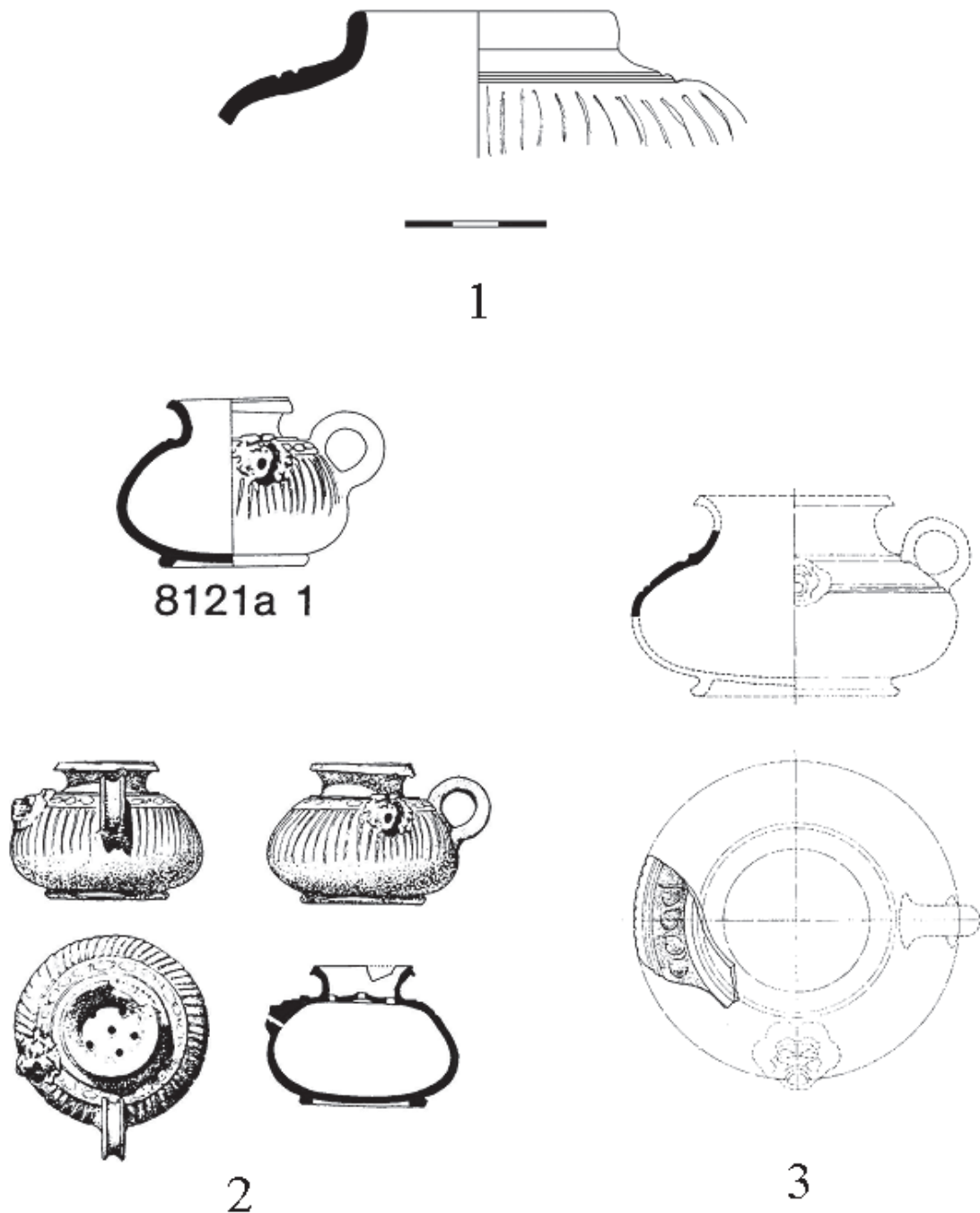


Figura 10: Formas cerradas de finales del s. III a.C.-comienzos del s. II a.C. –*Guttus* o Forma XIX–. **1.** Posible *guttus* de producción gaditana (pieza procedente del pozo 3 de Amílcar Barca 2001. Dibujo de la autora). **2.** Prototipo en campaniense A procedente del pecio del Grand Congloué 1 (según Benoit 1961: lám. 6 y Morel 1981: lám. 208). **3.** Prototipo en campaniense A procedente del pecio de Ses Lloses-Lazareto (según Sanmartí y Principal 1998: fig. 3).

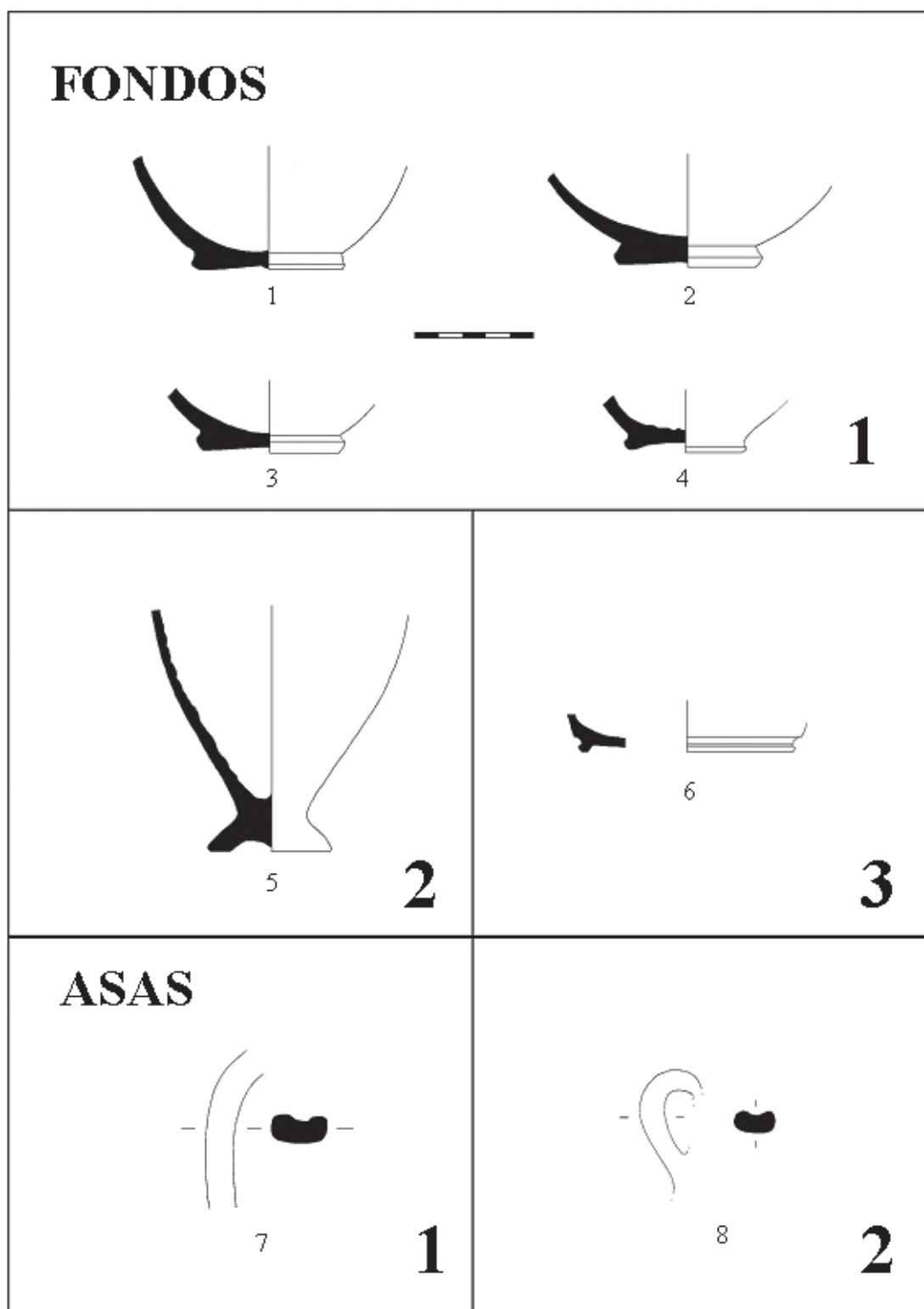


Figura 11: Formas cerradas del s. II a.C. –Fondos y asas–. **1-4.** Fondos, Tipo 1. **5.** Fondos, Tipo 2. **6.** Fondos, Tipo 3. **7.** Asas, Tipo 1. **8.** Asas, Tipo 2 (Materiales procedentes de Pery Junquera) (Dibujos de la autora).

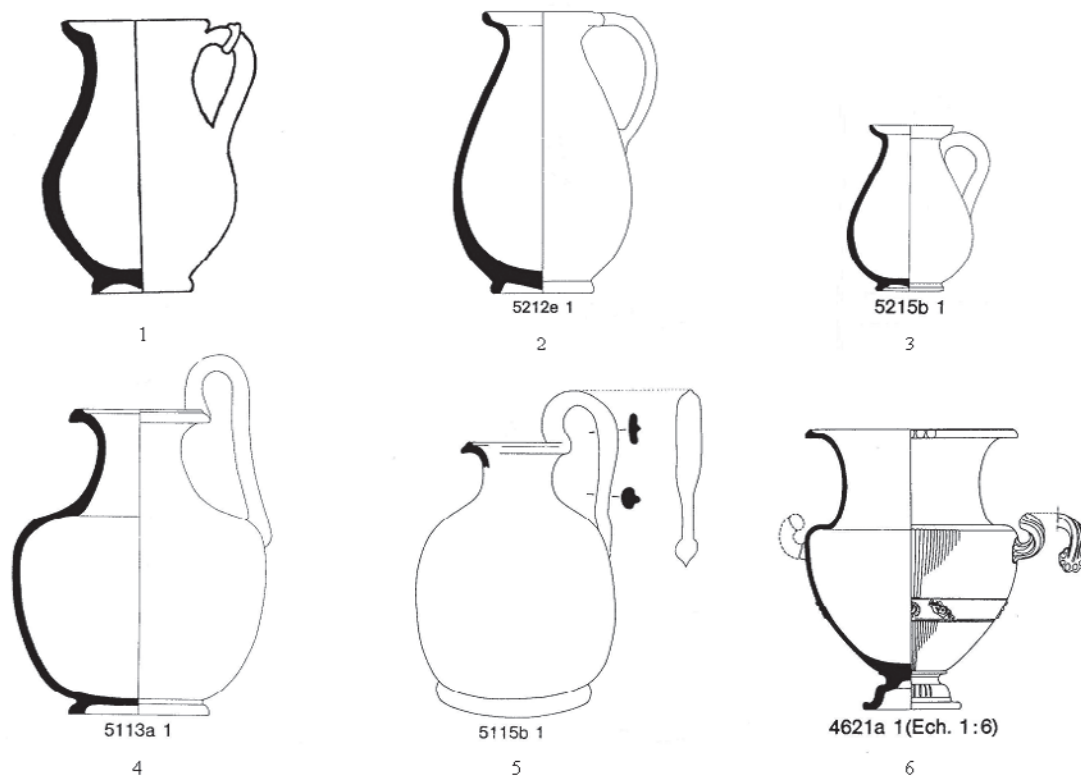


Figura 12: Prototipos y modelos de las formas del s. II a.C. –Formas XIII y XVIII–. **1.** Forma L-58 (Lamboglia 1952: 198). **2.** Producción local de Adria (300 ± 50 a.C.) (Morel 1981: 339, lám. 155, 5212e 1). **3.** Producción regional de *Minturnae* de mediados del s. III a.C. (Morel 1981: 340, lám. 157, 5215b 1). **4.** Producción local o regional procedente de la necrópolis de S. Giuliano, finales del s. IV a.C. (Morel 1981: lám. 151, 5113a 1). **5.** Producción local o regional procedente de la necrópolis de Celle, finales del s. IV a.C. (Morel 1981: lám. 153, 5115b 1). **6.** Producción del Tipo D de Malacena –finales del s. IV-principios del s. III a.C.- (Morel 1981: lám. 140, 4621a 1).

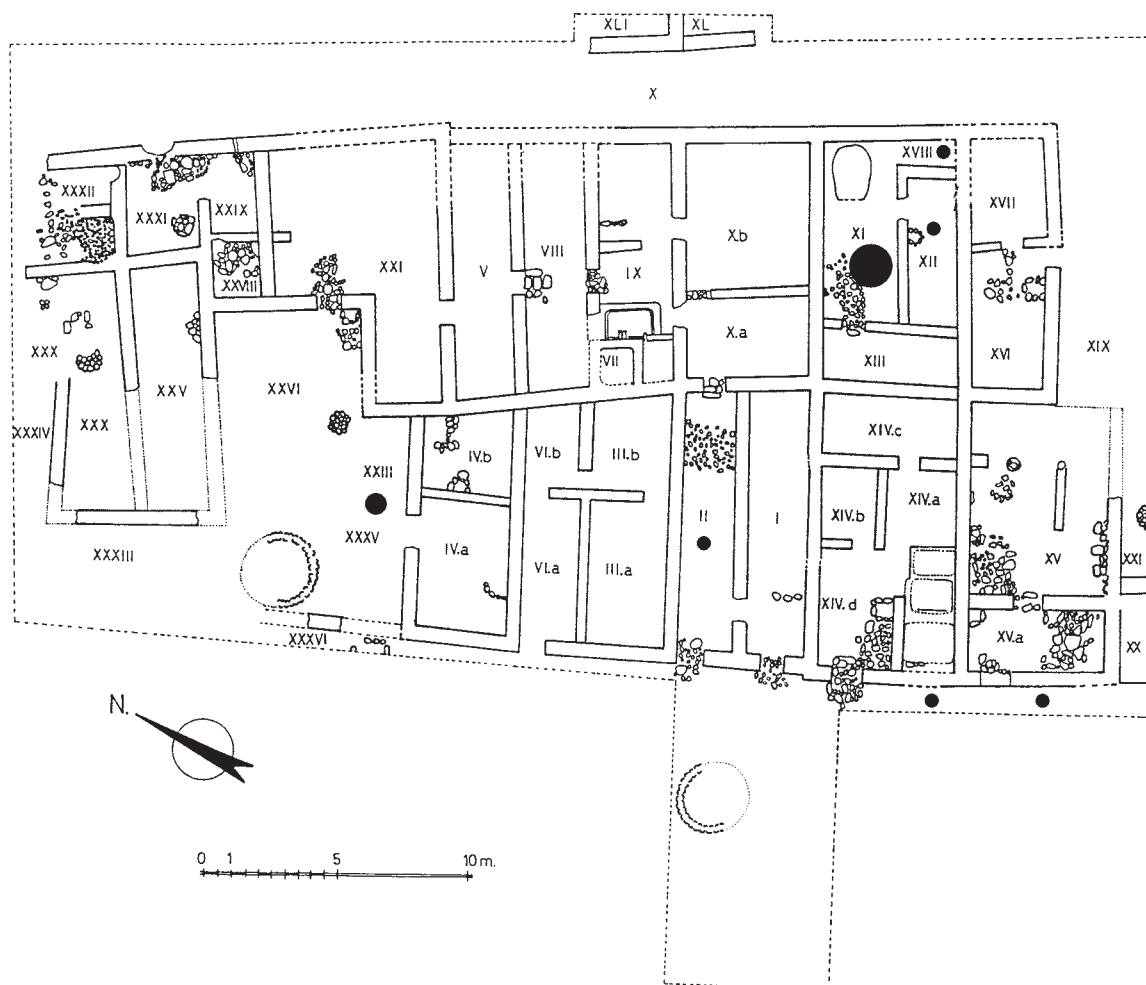


Figura 13: Distribución de las formas cerradas “tipo Kuass” en el Poblado de Las Cumbres (El Puerto de Santa María, Cádiz) (Elaboración propia).